

Selección RNR

De Puño  
y  
Letra

RITA BLACK



Romance Actual

De puño y letra

Rita Black



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



[@Ebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Dedicado a mi esposo y a mi hijo, Cristian,  
mis dos grandes amores.*

## NOTA EDITORIAL

Selección es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de México, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

## CAPÍTULO 1

Eloísa tosió y se llevó la mano a la boca ante la espesa nube de polvo que llenó el ambiente cuando Raúl abrió con energía la puerta de entrada para dar paso a su nuevo departamento.

La luz que entraba por la enorme ventana dejaba ver las incontables motas de polvo, que poco a poco fueron tomando nuevamente su lugar en aquel sitio, deshabitado por varios meses.

Cuando por fin se asentó el polvo ambos entraron, observando a todos lados con mirada escrutadora.

—Es un buen lugar, de hecho, está excelente; cuando terminemos de limpiarlo y de pintarlo quedará muy bien —opinó Eloísa.

—Me alegra que te guste. A mí me encanta la ubicación —dijo Raúl.

Diez minutos después, Eloísa, con cubos, trapos, escobas y un mop, estaba lista para empezar el proceso de limpieza del nuevo departamento de su hermano.

Aquella mudanza era el colofón de un año lleno de cambios para Raúl: a finales de enero, Estefanía, su esposa, le había pedido el divorcio. A partir de ahí prácticamente fue una avalancha de situaciones que no le daban respiro: dejar el departamento que había compartido con la que, hasta entonces, había sido su mujer desde la universidad; en su trabajo, una reestructuración del organigrama lo había dejado en el limbo por varios meses, hasta que finalmente lo confinaron a una minúscula oficina en uno de los departamentos menos relevantes del consorcio.

Su hija, Paola, estaba entrando a la etapa incierta y tenebrosa de la adolescencia y, para colmo, doña Patricia, la madre de Raúl, había fallecido hacía tan solo tres meses.

Eloísa realizaba las labores de limpieza con tanta energía que dejaba a las claras que su entusiasmo era mucho mayor que el de su hermano. Optimista irredenta, siempre veía el lado positivo de las cosas, y en esta ocasión sentía que el nuevo hogar de Raúl pondría fin a su mala racha.

Raúl, por supuesto, no compartía su entusiasmo, pero la dejaba hacer. En realidad le daba igual su nueva morada o cualquier otra, dado su sombrío estado de ánimo.

El proceso de divorcio estaba resultando tan doloroso y estresante como lo habían descrito algunos de sus conocidos que habían pasado antes que él por ese viacrucis. Lo más difícil era que no podía hacerse a la idea de que la vida que había construido durante los últimos catorce años hubiera llegado a su fin, muy intempestivamente, por cierto.

«Quiero el divorcio». La frase lapidaria de Estefanía, pronunciada a media voz en aquella tarde de enero, después de una discusión más álgida que lo usual, había movido los cimientos de su ser.

¿Qué era lo que había pasado? ¿En qué se había equivocado, qué había hecho mal? ¿Acaso no era lo suficientemente bueno para Estefanía? ¿Había dejado de amarlo? ¿Había dejado él de cumplir sus tareas, sus deberes de esposo? ¿La habría descuidado?

Aquella serie de preguntas, que en ese momento no tenían respuesta, era apenas el inicio de un caudal que lo atormentaría en los siguientes meses.

Eloísa no quedó satisfecha hasta que se hubo deshecho de todo el polvo, y hasta que las paredes quedaron totalmente listas para una nueva mano de pintura, en un color que contrastaría por completo con el tristón tono de beige que el dueño anterior había elegido.

Sin esperar a Raúl, marcó en su móvil el número de Eduardo, su otro hermano, para que llevara las cubetas de pintura que ya tenía listas.

—Vas a ver que te va a encantar cómo voy a dejar este lugar. Creo que debería pensar seriamente en dedicarme a ser decoradora —dijo, con los brazos en jarra, mirando con satisfacción las paredes, e imaginando cuál sería la apariencia final del departamento.

Raúl ni siquiera asintió. Había dejado en manos de su hermana el arreglo de su nueva vivienda y, francamente, le importaba poco el resultado final.

Su hermana lo miró. Estaba angustiada por él; sabía que el estado de ánimo de su hermano no era el mejor, pero llevaba varios meses sumido en un ostracismo recalcitrante, e incluso los arranques de mal humor que había tenido al principio del proceso de divorcio habían desaparecido para dar lugar a un humor taciturno.

Podía hacerse una idea bastante precisa de lo que su hermano debía estar pasando, pero no compartía esa manera de afrontar las adversidades. Sabía que él estaba experimentando una pérdida, que estaba pasando por un

proceso de duelo. Quería hacer todo lo que estuviera a su alcance para que saliera de ese abismo, pero hasta el momento sentía que sus esfuerzos no rendían frutos.

«Dale tiempo, tiene que pasar por todo el proceso, ya lo superará», le decía Daniel, su esposo, cuando ella le expresaba sus frustraciones.

Era consciente de la sabiduría de esas palabras, pero estaba preocupada por él, quería verlo alegre y vital como siempre había sido.

\*\*\*

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Tres días y mucho trabajo después, el departamento quedó listo para habitarse.

Eloísa había colocado el sofá en la posición que le pareció más armoniosa, y posaba en medio de la sala con los brazos en jarra, contemplando su obra.

—Quedó muy bonito —dijo Raúl, tratando de parecer entusiasmado.

—¿Muy bonito? ¡Ay, Raúl! Por favor, eres arquitecto, pero no puedes negar que hice un gran trabajo. Me quedó muy bien, ¿no? —preguntó, dirigiéndose a Eduardo.

—Dirás que nos quedó muy bien, hermanita, porque yo también contribuí —replicó, falsamente molesto.

—Sí, nos quedó muy bien —suspiró Eloísa, satisfecha.

Eduardo se dirigió a la cocina para sacar del refrigerador recién instalado una botella de vino espumoso, que sirvió en tres copas que había llevado expresamente para la ocasión.

—Por tu nuevo hogar, donde seguro tendremos muchas reuniones familiares y parrandas de hombres —dijo Eduardo, levantando su copa.

Eloísa lo miró con reprobación, y levantó su copa.

—Por un nuevo comienzo —dijo, solemne.

Raúl se limitó a decir «salud».



## CAPÍTULO 2

Tenía que admitir que Eloísa y Eduardo habían hecho un trabajo excelente con el arreglo y decoración de su departamento.

Recordó que su hermana había dicho en tono de broma que debía considerar la posibilidad de ser decoradora profesional, y pensó que él mismo le sugeriría que tomara un curso con su amigo Hilario Díaz, que a su reconocido estudio de arquitectura había añadido una escuela de diseño interior.

Después de su tediosa e infructuosa jornada laboral, se dejó caer pesadamente en el sofá. Encendió la televisión pero, a pesar de que recorrió con el control remoto todos los canales, no encontró nada que llamara su atención. La dejó en cualquier canal y volvió la vista a la mesa de centro, donde reposaba un cúmulo de sobres: estados de cuenta bancarios, el recibo de servicios telefónicos y de internet, una revista de arquitectura y una carta. ¿Una carta?

No había visto una en décadas, fuera de las que su madre guardaba en su baúl de los recuerdos, y que él y sus hermanos habían visto una por una meses atrás cuando revisaron sus objetos personales tras su deceso.

Miró el remitente: Emma del Pilar Barrientos, Calle 8, Barrio de La Esperanza, Buenos Aires, Argentina. No tenía idea de quién era. Luego vio el destinatario: José Manuel Barrientos Piña.

Rebuscó en su mente y recordó que el representante legal del dueño del edificio de departamentos le había contado vagamente la historia del dueño anterior.

Se trataba de un viejo señor que había trabajado en la oficina de correos durante treinta y cinco años, hasta que se jubiló, cinco años antes. Era viudo y tenía cuatro hijos, pero lo visitaban en muy raras ocasiones.

—Don José Manuel vivió aquí por veinte años, y yo apenas he visto a sus hijos unas cuatro o cinco veces, a pesar de que tres de ellos viven en esta misma ciudad. No sé cómo el pobre viejo no se había muerto antes de tristeza

—le había dicho el representante legal cuando le mostró el departamento.

Raúl asintió con aire sombrío. En otras circunstancias se habría sentido muy conmovido por la historia, pero él mismo estaba pasando por una tragedia personal y, aunque no le gustaba autocondolerse, se sentía igualmente digno de compasión.

Se quedó mirando fijo el sobre durante varios minutos, pasando la vista del remitente al destinatario. Era evidente que eran familiares, y se preguntó por qué en estos tiempos una persona escribiría una carta, pudiendo optar por la comodidad de un correo electrónico, de un mensaje de Facebook o de un tuit, pero supuso que el fallecido inquilino quizás no se hallaba cómodo con la tecnología.

Dudó sobre qué hacer con la carta. Obviamente no pensaba abrirla. Se preguntó si la remitente sabría que don José Manuel había fallecido; observó el matasellos del correo y descubrió que había sido enviada apenas dos semanas antes.

«Bueno, seguramente alguien le habrá enviado un wasap o un tuit», pensó con desgana.

Estaba muy cansado, a pesar de que su día transcurrió de forma más bien indolente; dejó todo el correo en la mesa de centro y se fue a dormir.

\*\*\*

Era la tercera llamada que Eloísa le hacía en media hora; debía estar preocupada, pero no había querido contestar para que no se percatara de su mal humor: había visto a Estefanía, que había acudido a él para que firmara unos documentos de la escuela de Paola.

Lo crispó notar lo bien que lucía su exmujer, muy bien arreglada y jovial, incluso parecía más joven. Él, en cambio, se sentía miserable.

Llegó a su departamento bastante tarde, pues a última hora decidió aceptar la invitación de Pablo, su colega, para ir a tomar una cerveza. En realidad era un bebedor parco, pero en ese momento necesitaba un trago.

Al sentarse en el sofá vio nuevamente el altero del correo, y en primer término estaba la dichosa carta. Ya ni siquiera la recordaba y mucho menos sabía qué haría con ella.

Pensó que lo más prudente sería regresarla a la misma dirección del remitente. Con esa determinación en mente se durmió. Al día siguiente, antes de irse al trabajo, tomó la carta.

Le pidió a la asistente de su piso que le consiguiera un sobre para correo aéreo, a lo que la chica, una joven que apenas alcanzaría los veintitres años, se lo quedó mirando con extrañeza.

Volvió una hora después con su encargo, y Raúl procuró acomodar el sobre original dentro del nuevo, después de escribir sus datos y los del destinatario al reverso.

Iba a cerrar el sobre cuando se le ocurrió que sería descortés de su parte no añadir unas líneas para explicar el por qué le estaba retornando su misiva.

Tomó una hoja en blanco y empezó a escribir:

*México, 9 de julio de 2015*

Emma del Pilar Barrientos:

Supongo que le parecerá extraño que le escriba, pero me veo en la penosa situación de informarle que el señor José Manuel Barrientos falleció hace unos meses, aunque estoy prácticamente seguro de que usted ya debe estar informada de ello. Desconozco su relación con el mencionado señor, pero aun así le doy mis condolencias.

Es por lo anterior que le devuelvo su carta. Le aclaro que llegó a mis manos debido a que actualmente ocupo el departamento que antes habitaba el señor José Manuel.

Atentamente.

Raúl Félix Nava

Llamó al chico de los recados y le pidió que la llevara al correo.

Cuando le dio el sobre, el muchacho lo observó como si fuera un artefacto desconocido, y luego lo miró a él con expresión interrogante.

—Es una carta —aclaró, en parte divertido y en parte abochornado: el chico debía pensar que él era anciano.

El muchacho sonrió.

—Nunca había visto una —le dijo, y salió de su despacho viendo el sobre con enorme curiosidad.

### CAPÍTULO 3

—¡Estamos fregados! —exclamó Adrián Luna, uno de los socios mayoritarios del estudio—. El gobierno nos congeló el permiso para la macroplaza porque alegan que no cumplimos con el estudio de impacto ambiental.

—Pero se los enviamos hace meses —replicó Raúl, quien se había encargado personalmente del asunto.

—Sí, ya lo sé, y ellos también lo saben, pero quieren una tajada del pastel. Nos harán la vida difícil para que les demos más dinero.

Raúl se respaldó en su silla, cansado.

—No sé hasta dónde nos va a llevar la corrupción.

—Yo tampoco. Luis me dijo que iré a hablar con el alcalde mañana para tratar de convencerlo —le explicó Adrián.

Raúl sabía muy bien lo que eso significaba, pero no quiso ahondar en el asunto. Más que cansado, se sentía hastiado. El despacho era uno de los más importantes no solo en la ciudad, sino en todo el centro del país, pero en los últimos meses los socios se quejaban bastante de la situación general de la economía, y a él lo habían relegado a un puesto de cuarta categoría.

Al principio no había protestado porque no quería quedarse sin trabajo, además de que esa situación había coincidido con el punto más álgido de su trámite de divorcio, y él, definitivamente, no tenía cabeza para lidiar con ese tipo de cosas en ese preciso momento.

—Pues espero que tenga suerte. —Se levantó y salió de la oficina de Adrián para dirigirse a su pequeño cubículo.

La modificación a un plano de un edificio de departamentos lo estaba esperando, pero no tenía ánimos de continuar con esa labor en ese instante, además de que prácticamente ya eran las siete de la tarde. Apagó su computadora y se marchó.

Ya en su auto recordó que no había visto a su hija en casi tres semanas y la llamó a su móvil. Seguro la muchacha tenía muchos deseos de escucharlo

porque respondió al primer tono.

—¿Qué te parecería salir a cenar con tu viejo padre? —le sugirió luego de los saludos de rigor.

—Me parecería muy bien papá, pero no digas que estás viejo —Paola sonaba alegre a pesar de su fingido tono de regaño.

—Gracias, pero así me siento —lo había dicho antes de pensarlo.

—Pues aún eres joven, papá y, si no lo crees, pregúntale a mis compañeras de clase, que además dicen que estás muy guapo —dijo, esta vez molesta en verdad.

Raúl rio de buena gana.

—Pues me parece que tus compañeras necesitan gafas —replicó—. Te veré en veinte minutos.

\*\*\*

—Tu mamá me dijo que participarás en una olimpiada de matemáticas —inició él la conversación, ya en el restaurante.

—Sí, será dentro de un mes. Pensé que no me elegirían, porque últimamente no he tenido tan buenas notas como de costumbre, pero la señorita Rivera dijo que tengo todo este mes para reponerme.

—Y ¿por qué no has tenido notas tan buenas como de costumbre? Siempre te han gustado mucho las matemáticas.

Paola jugaba con la copa de agua.

—Creo que he estado un poco distraída. Mi mamá ha estado teniendo visitas últimamente y tal vez eso no me deja concentrarme.

Raúl fue consciente de que su hija trató de mantener un tono casual, pero no lo había visto a los ojos al decirlo.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién la visita?

Paola se encogió de hombros.

—Damián, un amigo de la oficina.

—Ah —Raúl alzó las cejas en señal de entendimiento—. ¿Están saliendo juntos?

—¿Quieres decir que si son novios? Pues yo creo que sí, porque los veo muy cariñosos. —La muchacha hizo una mueca de disgusto.

—¿Tú qué piensas de Damián? —le preguntó, tanto porque estaba furioso con Estefanía como por conocer la opinión de su hija.

—Me cae bien. Es simpático y parece buena persona. Claro que yo

preferiría que tú volvieras a vivir con nosotras, pero yo creo que mi mamá está pasando por una regresión a su adolescencia.

Aquella afirmación y el tono en que lo dijo hicieron que el mal humor de Raúl se disipara momentáneamente. Su hija era muy sabia pese a su corta edad, y tenía mucha razón: Estefanía había estado comportándose como una colegiala.

Siguieron conversando de generalidades, de los sueños y proyectos de Paola y del trabajo de Raúl, y poco después de las diez la llevó de vuelta a casa, pues tenía que ir a la escuela al día siguiente.

Unos días más tarde se sorprendió al ver que entre todo su correo había una carta en su buzón. Rápidamente vio el remitente y comprobó que era de Emma del Pilar. Sintió curiosidad y se apresuró a llegar a su departamento para abrirla y leerla con calma.

Estaba escrita en una hoja blanca común, pero la letra era bastante clara y uniforme. «Letra de mujer», pensó.

*Buenos Aires, Argentina, 22 de julio de 2015*

Raúl:

Debo confesar que su carta me sorprendió mucho, sobre todo, por la noticia que en ella me da. Por favor, no se sienta apenado, aunque tengo que aclararle que no tenía conocimiento sobre el deceso del señor José Manuel, que era mi abuelo, por lo cual agradezco doblemente su gentileza. Se preguntará cómo es posible que en esta época una persona tarde tanto en enterarse de una noticia como esa, pero no tengo contacto con mi familia, ni siquiera con mi padre. Mi madre falleció hace años y soy hija única.

Mi abuelo no era enemigo de la tecnología, pero se consideraba muy viejo para aprender a utilizar un móvil, una tableta o un ordenador. Además, decía que las cartas en papel son mucho más personales e íntimas. Sus cartas eran prácticamente mi único nexo con mi familia y con mi país, las voy a extrañar con todo el dolor de mi corazón, y con el remordimiento de no haber estado ahí para él. Me duele también desconocer la causa de su deceso, y cómo pasó sus últimos días.

De nueva cuenta le agradezco que se haya tomado la molestia de devolver mi carta.

Emma del Pilar

Raúl se quedó mirando fijamente la carta, pasando sus ojos de una palabra a otra, y luego la releyó. La sensación de tener una carta de verdad en las manos resultaba peculiar. Hacía muchos años que no recibía una carta personal. Palpó el papel, pasó la mano para comprobar la textura de la hoja y del texto. Estaba escrita con bolígrafo de tinta negra en letra de molde.

Sintió la necesidad de contestar, pero se le ocurrió que sería mucho mejor si esperaba a conseguir informes sobre las dos situaciones que atormentaban a Emma.

## CAPÍTULO 4

—No sé por qué te sorprendes si tú misma sugeriste que deberías considerar seriamente el convertirte en decoradora profesional. —Raúl estaba desconcertado por la reacción de su hermana al decirle que había hablado con su amigo, Hilario, quien había aceptado recibir a Eloísa en su escuela.

—Porque fue solamente una expresión, Raúl. Por favor, no me imagino estudiando a estas alturas de mi vida.

—¿Por qué no? —cuestionó Eduardo, mirando a su hermana sobre su taza de café.

Raúl la miró también, esperando su respuesta.

—Pues... porque ya tengo cuarenta años, tengo tres hijos, un hogar que atender.

—En primer lugar: no eres una anciana, aún eres bastante joven; segundo: tus hijos ya pueden valerse por sí solos, y tercero: tu esposo puede ayudarte.

Ella abrió la boca para decir algo, pero no encontró qué.

—¿A qué le tienes miedo, Eloísa? No me digas que es por pereza. —Eduardo era implacable, y ella se sentía acorralada.

—No es por pereza, y no me da miedo. Es simplemente que creo que a estas alturas de mi vida es un poco tarde para estudiar.

—Me parece extraño que siendo tan optimista como eres desperdicies esta oportunidad— Raúl lo dijo con tanta seguridad que podría parecer que se había dado por vencido.

Eloísa lo fulminó con la mirada.

—Está bien. ¿Cuándo tengo que presentarme? —A pesar de su tono molesto sus hermanos sonrieron.

—El lunes, a las diez —respondió Raúl.

El tono de su móvil interrumpió la conversación. Quien llamaba era el representante legal del dueño de los departamentos.

—Dígame, licenciado Araiza.

Raúl guardó silencio, escuchando atentamente a su interlocutor.



—¿Quién era? —preguntó Eloísa, que era, por naturaleza, la más curiosa de los tres.

—Era el representante legal del dueño del edificio donde vivo. Le pedí una información sobre el hombre que vivía en el departamento antes que yo.

—¿Para qué necesitas esa información? —preguntó Eduardo, adelantándose a su hermana.

Por alguna extraña razón, Raúl hubiera querido mantener el asunto de la carta en la más absoluta confidencialidad pero, ya que no podía escapar a la curiosidad de sus hermanos, les contó los aspectos generales del asunto.

Eloísa se respaldó en la silla que ocupaba y cruzó las piernas, sonriendo.

—Recuerdo la última carta que recibí, fue en 1987, de Alexa, la hija de mi tío Salvador. Me contaba unos chistes tan graciosos... —Por un momento pareció perderse en las nebulosas del tiempo.

—Yo jamás podría olvidar la emoción que me daba cuando recibía correo de Margarita mientras yo estudiaba en la universidad. El correo electrónico estaba en pañales y solo unos cuantos tenían acceso a internet —rememoró Eduardo.

Raúl rio.

—¿Recuerdan que teníamos que conectarnos a internet a través del teléfono? Era muy emocionante escuchar el zumbido del módem mientras se completaba la conexión.

—Nos quedábamos sin línea telefónica, pero era muy emocionante navegar —agregó Eloísa.

—Afortunadamente, ahora no tenemos que elegir entre el teléfono o internet —opinó Raúl.

—Sí, y quién sabe qué otras cosas maravillosas nos reserva la tecnología —abundó Eduardo.

Tan pronto llegó a su departamento, Raúl se dirigió a su estudio, tomó una hoja en blanco y empezó a escribir.

*México, 3 de agosto de 2015*

Estimada Emma:

A pesar de que me pide que no me sienta apenado, no puedo negar que ha sido difícil aceptar que fui yo quien le dio la triste noticia que ya conoce. A nadie le gusta ser heraldo de malas noticias.

Pero, si a ambos nos sirve de consuelo, permítame comunicarle que

he podido averiguar que su abuelo, aunque estuvo hospitalizado durante una semana, pasó sus últimos días en su casa, bien atendido por su hija Ana María. Sus otros hijos venían a visitarlo con frecuencia y, según me informan, murió tranquilamente y sin sufrimiento, mientras dormía.

Al parecer hacía tiempo que tenía una insuficiencia cardiaca.

Según tengo entendido, sus hijos se hicieron cargo de sus pertenencias: vendieron sus muebles, donaron su ropa, y ellos se quedaron con sus efectos personales más preciados, como libros, fotografías, cartas y otros recuerdos.

Esperando que esta información le dé tranquilidad, se despide:

Raúl Félix Nava

## CAPÍTULO 5

*Buenos Aires, Argentina, 14 de agosto de 2015*

Estimado Raúl:

Por supuesto que me siento muy satisfecha con la información que me da en su última carta, y se lo agradezco muchísimo.

Pero no pude dejar de notar que se despide usted de mí, y espero sinceramente que no sea una despedida definitiva.

Ha sido muy refrescante recibir sus cartas, es como si una parte de mi abuelo aún estuviera aquí y viniera junto con sus misivas. Ya sé que suena cursi, pero soy artista, y la mayoría de los artistas somos cursis, aunque a muchos les cuesta reconocerlo.

No he ido a México en siete años; en dos o tres ocasiones le pedí a mi abuelo que viniera a visitarme, pero, aunque me adoraba, se negó, porque odiaba volar, además de que se consideraba muy viejo y decía que, seguramente, no soportaría los rigores del viaje.

Por si no lo ha notado, creo que me dejé llevar por la nostalgia. No lo distraigo más, supongo que tiene usted tantas ocupaciones como yo.

Le agradezco nuevamente que se haya tomado la molestia de averiguar por mí sobre los últimos días de mi querido abuelo. Dios lo bendiga.

Raúl suspiró al terminar de leer la carta. No estaba firmada, pero no hacía falta, la letra era la misma que la de las dos anteriores.

Trató de hacerse una imagen mental de Emma: imaginó que tendría poco más de treinta años, y la percibió sensible y culta. Mencionaba que era artista. ¿De qué clase? ¿Actriz, pintora?

La imaginó de estatura más bien menuda, esbelta y pelirroja y con una sonrisa franca y encantadora.

Dejó la carta sobre su mesa de trabajo, dispuesto a contestarla en cuanto pudiera, y se fue a dormir.

\*\*\*

*México, 31 de agosto de 2015*

Estimada Emma:

Deje de agradecerme por las supuestas molestias que cree que me tomo. No es ninguna, al contrario, a pesar de la triste naturaleza de las noticias que he tenido que darle, ha sido un gusto poder aclarar sus dudas.

Además, debo confesarle que también para mí ha sido un placer recibir sus cartas. Hacía muchos años que no recibía una carta de verdad, quiero decir, en papel y de carácter personal. Es emocionante la sensación física, la expectación al ver el sobre cerrado; había olvidado todo eso por completo.

Quizá por eso este intercambio me ha parecido tan gratificante.

Le ruego que no me considere indiscreto por preguntarle a qué se dedica, ya que en su última carta me dice que es artista. Yo soy arquitecto y, aunque suene muy presuntuoso, me gusta pensar que también puedo considerarme artista.

Me gustaría seguir escribiendo, pero estoy a punto de entrar a una aburrida junta de trabajo; espero tener noticias tuyas pronto.

Sinceramente.

Raúl

## CAPÍTULO 6

Emma rasgó con ansias el sobre y sacó la hoja blanca con los trazos precisos y parcos de Raúl. Sonrió varias veces durante la lectura. La releyó y se dispuso a dar una respuesta.

*Buenos Aires, 14 de septiembre de 2015*

Estimado Raúl:

Puede estar tranquilo, ya que no lo considero imprudente por continuar escribiéndome; por el contrario, ya le dije que me gusta recibir sus cartas, me recuerdan mucho a mi abuelo.

Y tampoco lo creo indiscreto por preguntarme qué clase de arista soy, y me dispongo a darle satisfacción: soy música, toco el violín en la Orquesta Sinfónica de la Ciudad de Buenos Aires.

En cierto modo somos colegas ya que, efectivamente, me parece que los arquitectos tienen mucho de artistas, porque su labor es muy técnica, y ¿qué seríamos los artistas sin la técnica? Pero, sobre todo, porque son creadores de belleza, más allá de la comodidad o la funcionalidad.

Me encantaría ver algo de su trabajo, y aunque temo seguir dándole molestias, ¿qué le parece si en su próxima carta me envía algunas fotografías de sus proyectos?

Debo ir a un ensayo. Esperaré noticias tuyas; cuénteme, por favor, sobre sus proyectos y cómo se encuentra (ahora soy yo quien espera no ser tomada por indiscreta).

Saludos.

Emma

Iba a cerrar el sobre cuando Mateo pasó a su lado y la miró con extrañeza al ver lo que estaba haciendo.

—Una carta, ¿quién escribe cartas en estos días?

—Es para el hombre que vive en el departamento donde vivía mi abuelo, el

que me regresó la última carta que le envié.

—Pero eso fue hace como dos meses. ¿Recién estás respondiéndole?

Emma quiso poner los ojos en blanco. Era cierto que Mateo estaba muy ocupado con la organización del concierto que tendría próximamente, pero también lo era que a últimas fechas apenas si se percataba de la presencia de ella, y mucho menos de lo que hacía.

Salió sin despedirse y aprovechó para dejar la carta en la oficina de correos.

## CAPÍTULO 7

—Créeme, Raúl, esto es tan difícil para mí como para ti. Yo no hubiera querido llegar a esto, incluso abogué por ti ante los demás socios, pero sabes cómo está la situación, tenemos que optimizar recursos y reducir gastos. — Adrián Luna hablaba sin parar, tratando de parecer preocupado, pero lo cierto es que ni por un instante había logrado convencer a Raúl.

Sabía que, más temprano que tarde, lo despedirían del despacho, se veía venir, dados los últimos cambios en la empresa y sus notorias diferencias con las tendencias de diseño de sus compañeros. Él siempre se había considerado vanguardista, innovador, pero sus colegas opinaban que se esforzaba mucho por ser diferente y dejar su sello personal.

Raúl no estaba de acuerdo, simplemente trataba de conjugar en sus diseños lo mejor de la funcionalidad con estilos refrescantes y originales. Los demás miembros del estudio, en cambio, se apegaban demasiado a las formas clásicas, prácticamente no arriesgaban.

—Sabes que te recomendaremos con gusto. —Alcanzó a escuchar a Adrián, aunque no había oído el resto de sus vanas explicaciones.

—Sí, gracias, Adrián. —Se puso de pie y se dirigió a la que, hasta hacía unos minutos, era su minúscula oficina.

Tomó los objetos personales que tenía, el estuche de estilógrafos, lápices y su preciado escalímetro favorito, el que le habían regalado sus padres cuando se graduó de arquitecto. Bajó para dejar todo en su coche y volvió por su restirador.

Echó un último vistazo, se despidió de las secretarias y de algunos arquitectos y se marchó sin mirar atrás.

Ya en su coche se respaldó en el asiento y cerró los ojos. «Maravilloso», pensó, sarcástico. No sabía cómo se sentía; por un lado estaba frustrado, fustigado por la incertidumbre, enojado por la insensibilidad del despacho, y humillado por haber sido despedido como si fuera un inútil, como si no fuera bueno en lo que hacía.

Pero también, en el fondo, se sentía aliviado; los últimos meses en «Huesca, Martín y Sheridan» habían sido muy frustrantes, vacíos de inventiva, de motivación y de propuestas. Casi todos los proyectos que había presentado habían sido rechazados o vilmente modificados.

Sabía que era subutilizado y menospreciado, pero no por ello un despido dejaba de ser denigrante.

El sonido de su teléfono móvil lo sacó de sus amargos pensamientos. Era Paola. En ese momento lo último que deseaba era hablar con nadie, pero no rechazaría a su hija.

—Hija, ¿cómo estás?

—Hola, papá. Estoy bien, ¿cómo estás tú?

—Bien, hija, estoy bien —mintió.

—El viernes de la próxima semana es mi cumpleaños, y mi mamá me hará una fiesta en la casa de mi tía Zenaida, quiero que vengas, papá.

Por supuesto que recordaba el cumpleaños de su hija, y por nada del mundo se lo perdería.

—Estaré ahí puntual, hija.

—Gracias, papá, te quiero —Las dulces palabras de su hija casi le provocan el llanto.

Encendió el auto y, tras detenerse en un bar que solía visitar con cierta frecuencia, se fue a su casa.

Solo había tomado dos cervezas, pero se sentía frustrado, molesto, nostálgico y enojado con la vida. Decidió que lo mejor que podría hacer para desahogarse era escribirle a Emma.

*México, 23 de septiembre de 2015*

Estimada Emma;

Me preguntas cómo estoy, y la respuesta es mal. No puedo mentirte, este ha sido un año muy difícil para mí y, aunque pensé que ya me encontraba en un remanso relativamente tranquilo, continúan las adversidades.

Hoy fui despedido de mi trabajo. «Lo siento mucho —te dicen— pero tus servicios ya no son requeridos». Si el despido obedeciera a una mala situación financiera de la empresa, lo entendería, pero, en mi caso, la causa real es que mis excompañeros, especialmente los socios, no comulgan con mi manera de hacer arquitectura.

Para que te des una idea somera te envío unas imágenes de algunos de mis trabajos. Te confieso que no son los más reconocidos, sino



algunos de los que a mí me han dejado más satisfecho. Ya tú me darás tu opinión, y estoy seguro de que será una mucho más objetiva que la de mis excompañeros de trabajo, porque tu visión no estará nublada por ideas preconcebidas.

A veces solemos ser muy soberbios al pensar que tenemos un conocimiento vedado a los profanos en la materia, pero hay muchas personas que, sin tener conocimientos formales, poseen una sensibilidad muy desarrollada para las ideas y los conceptos. Tal vez porque eres artista, estoy seguro de que te encuentras entre esas personas.

Presiento que no tengo que pedirte que no me halagues, o que no seas benevolente para no herirme más de lo que ya lo estoy (aunque estoy siendo dramático, lo admito), sé que serás justa y sincera.

Por lo pronto, me tomaré unos días para descansar, meditar y tratar de desintoxicarme de las situaciones que han estado agobiándome.

Así que eres violinista. ¡Wow! Me has impresionado, sé que tienes que ensayar horas y horas todos los días, pero es un instrumento bellissimo. Te admiro, ojalá yo hubiera desarrollado mis dotes musicales (toco un poco la guitarra), pero me volqué más al deporte y a mi carrera.

Espero algún día escucharte tocar. No te agobio más con mis problemas.

Un abrazo.

Ni siquiera se había percatado de que había pasado de la fórmula de cortesía de «usted», al casual y cercano «tú», pero Emma le inspiraba mucha confianza y las cartas que le enviaba se habían convertido en una especie de método catártico.

\*\*\*

Emma calculó el peso del grueso sobre que tenía en las manos; sentía gran expectación, pues era el más voluminoso que Raúl le había enviado.

Se contuvo para no romper el sobre y lo abrió con aparente tranquilidad.

Efectivamente, Raúl le había enviado algunas imágenes, seis, para ser exactos, impresas en papel bond con inyección de tinta a color. Contuvo el aliento: eran en verdad sorprendentes.

En la parte inferior de cada una se indicaba con letra impresa de qué se

trataba cada construcción: la primera era una residencia, al parecer de alguien con muchísimo dinero; era una casa de una sola planta, bastante grande, con un ventanal espectacular que daba a un jardín igualmente impresionante, salpicado aquí y allá por luminarias y pequeños foquitos enredados en los arbustos y en los árboles, que resultaban muy invitadores a la luz del atardecer. Estaba pintada toda de blanco, pero resultaba muy dinámica, casi futurista, y a la vez muy acogedora.

Había un complejo de oficinas, muy moderno y atractivo; un edificio de departamentos, un museo, y otra casa habitación, esta con un diseño más bien rústico, como una cabaña en alguna villa antigua de Europa.

Todo era bellissimo. Emma admiró las fotografías durante largo rato, y tuvo que admitir que la creatividad de Raúl era verdaderamente atrevida.

Dejó las imágenes con mucho cuidado sobre la mesa, y se concentró en la carta. Leyó ávidamente, con ansiedad, y al mismo tiempo con incredulidad. Le dedicó luego una segunda lectura, más calmada y concienzuda.

Se sintió indignada por él. ¿Cómo era posible que alguien no apreciara el talento de ese hombre, especialmente sus propios colegas?

Llegó a la conclusión de que muy probablemente había sido la envidia, más que la cerrazón o la ortodoxia, lo que los había motivado. «Pobre Raúl, debe sentirse muy decepcionado y triste... y humillado».

Bueno, él mismo casi había reconocido que, en efecto, se sentía así. Emma trató de ponerse en su lugar. Ella misma, unos años antes, había pasado por una situación semejante cuando, recién graduada de la Escuela Nacional de Bellas Artes, había tenido que esperar durante meses para obtener un puesto en alguna orquesta, ya que ninguna había confiado en su talento.

Fue hasta que conoció en persona a Paul Gerard, el director de la Sinfónica de Buenos Aires, que alguien vio más allá de su apariencia frágil y adusta, y percibió su sensibilidad emotiva y su refinada técnica.

Desconocía qué edad tendría Raúl, y por un instante tuvo claro que sabía algunas cosas sobre su carácter, pero desconocía aspectos prácticos de su persona, como su edad, complexión, su apariencia, su estado civil...

¿Estaría casado? Por una razón que no quiso analizar deseó fervientemente que no. Pero, ¿a ella qué podía importarle que tuviera esposa, que fuera soltero, divorciado, o viudo, o que quizá estuviera comprometido?

Ella vivía con Mateo desde hacía dos años, y eran más o menos felices, especialmente porque ambos se dedicaban a lo mismo, lo que hacía que fueran muy comprensivos uno con el otro respecto a sus largas jornadas de

ensayo y a los prolongados periodos sin trabajo.

Mateo tocaba varios instrumentos, pero su favorito era el piano; era bastante bueno, pero Emma siempre le echaba en cara su falta de disciplina.

—Imagínate, si a pesar de ser tan inconstante eres así de bueno, si practicaras como es debido serías todo un prodigio —le decía constantemente.

Pero él se limitaba a mirarla con gesto de hastío y luego, normalmente, la ignoraba.

Raúl parecía ser muy diferente, aunque sabía que era muy pronto para juzgar; él sí parecía prestar atención a los pequeños detalles que ella dejaba entrever de sí misma en sus cartas.

Quería saber más de él, definitivamente le interesaba conocerlo mejor. Se preguntaba por qué Raúl no le había sugerido que usaran el correo electrónico o las redes sociales para estar en contacto. ¿Sería un viejo, como su abuelo, negado ya para usar la tecnología? No es que ella tuviera algo en contra de los hombres tan maduros, ella había adorado a su abuelo a pesar de la distancia, pero esperaba, deseaba que Raúl no fuera un anciano.

Aunque su deseo más inmediato era responder a la carta de su nuevo amigo, tuvo que aplazarlo debido a que tenía un ensayo muy importante para un concierto ofrecido por el Gobierno de la Ciudad al embajador de Grecia.

## CAPÍTULO 8

Afortunadamente para Raúl, a pesar del proceso de divorcio, aún tenía unos ahorros que lo ayudarían a sobrevivir mientras conseguía otro trabajo.

Aunque por momentos se reprochaba el no haber sido más condescendiente y adoptado las ideas y políticas del estudio, sabía que tampoco se habría sentido cómodo con ello: habría ido en contra de sus propias convicciones y de su forma de hacer lo que más amaba. De haberse forzado a adaptarse, él mismo habría optado por irse tarde o temprano.

Llamó a Eloísa para preguntarle si tenía alguna idea de lo que Paola quería como regalo de cumpleaños. Habría podido preguntárselo a Estefanía, pero no tenía ánimos para hablar con ella, mucho menos en las presentes circunstancias, cuando se sentía vencido y humillado.

Eloísa le sugirió que le comprara un nuevo teléfono móvil, una tableta o quizá una tarjeta de regalo para que la muchacha comprara lo que quisiera en un conocido almacén de prestigio.

Lo último le pareció la mejor opción, porque siempre había pensado que, en materia de regalos, las mujeres eran un verdadero misterio cósmico, aunque una tarjeta de regalo le parecía algo impersonal y carente de creatividad.

El día del cumpleaños de Paola, llegó puntual a la casa de su casi excuñada, Zenaida. Debió reconocer que ella y Estefanía se habían esmerado bastante, ya que habían decorado el jardín de una forma espectacular, habían colocado luces de colores por todo el lugar, y en el centro se hallaba una tarima luminosa para que los jóvenes invitados bailaran.

—¡Papá, papá! Qué gusto que llegaste. —Paola corrió a abrazarlo tan pronto lo vio.

Él la estrechó en sus brazos y durante unos segundos no dijo nada. No podía creer que su pequeña ya tuviera trece años. Se separó un poco y del bolsillo de su saco extrajo un pequeño sobre rosado.

Paola abrió mucho los ojos. No podía imaginarse qué sería eso, pero estaba

segura de que era su regalo.

—Feliz cumpleaños, hija —le dijo, entregándole el sobre.

La chica lo tomó con expresión de tremenda expectación, lo abrió y sacó la tarjeta. Por un momento pareció que no sabía lo que era, pero luego de observarla bien, su sonrisa se ensanchó.

—Una tarjeta de regalo para que compres lo que tú quieras, mi amor. La cantidad está anotada aparte.

La muchacha sacó otro papel del pequeño sobre y tras darle una ojeada le echó los brazos al cuello a Raúl.

—Gracias, papá, no sabré qué hacer con tanto dinero.

Él se echó a reír. En eso vio que Estefanía se acercaba a ellos, y su risa se congeló.

—Cariño, iré a la barra. Atiende a tus amigos. Feliz cumpleaños. —Y se escapó como pudo de su exmujer.

En su estado de ánimo actual lo que menos deseaba era verla o hablar con ella. No es que deseara que ella sufriera igual que él, o que se sintiera igualmente miserable; solo que le dolía verla, en particular porque lucía de verdad feliz, mientras que él extrañaba dolorosamente la vida que habían tenido juntos hasta hacía unos meses.

Durante toda la noche estuvo esquivándola, aunque no pudo evitar su cercanía cuando Estefanía se acercó a saludar a Eloísa, a Eduardo y a don Armando, su casi exsuegro.

Eduardo, su padre y Raúl la saludaron con fría cortesía, pero Eloísa tuvo que contenerse para no ser grosera. No entendía por qué esa mujer habría querido separarse de su hermano y le hubiera gustado mucho preguntárselo sin ambages, pero estaban a punto de firmar el divorcio, así que ya no tenía caso.

Ella lo sabía, podía verlo en sus ojos tristes, en su rostro apagado; no era el mismo Raúl de siempre, extrovertido y dinámico.

—¿Cómo estás? —aprovechó para preguntarle cariñosamente cuando su padre y Eduardo fueron a la barra.

Raúl continuó con la vista fija en su hija, que bailaba alegre con sus amigos.

—No tan bien como quisiera, pero estoy seguro de que mejoraré —sonaba más optimista de que de costumbre, y Eloísa lo interpretó como una buena señal.

\*\*\*

Revisó su buzón; estaba lleno de correspondencia comercial, pero aún nada de Emma.

Le había escrito hacía más de tres semanas y le parecía muy extraño no haber recibido su respuesta, pues a sus cartas anteriores había contestado con presteza.

¿Le habría pasado algo? ¿Lo habría considerado tan patético que ya no quería tomarse la molestia de escribirle para no tener contacto con un perdedor como él?

Imaginaba muchas razones por las cuales ella no se había tomado el tiempo de responderle, y todas lo hundían más en su melancolía.

Hasta se reprendió a sí mismo por esperar con tanta ansiedad las cartas de una mujer a la que no conocía y que tenía muy pocas posibilidades de ver en persona. ¿Qué sabía de ella? Que era artista, violinista, para ser exactos, que no tenía contacto alguno con su familia (por razones que desconocía), que amaba a su abuelo, y que hacía siete años que no visitaba México.

Pero desconocía otros aspectos de ella, como su edad, su estado civil, si tendría hijos.

Durante los últimos días se había dedicado a hacer visitas y llamadas a diversos estudios e incluso universidades privadas, y estaba en espera de que lo llamaran para entrevistarle, por lo que aún tenía mucho tiempo durante el día.

Ocupaba su tiempo leyendo, escuchando música y haciendo ejercicio. Había perdido algunos kilos porque, además de estar ejercitándose como un adolescente, tenía poco apetito en esos días.

Por fin, el viernes de esa semana, cuando regresó de una entrevista de empleo, encontró en su buzón un sobre que llamó su atención. Sonrió, aliviado, al comprobar que era de Emma.

*Buenos Aires, 23 de octubre de 2015*

Estimado Raúl:

No sabes cuánto siento no haber podido escribirte antes, tuvimos mucho trabajo aquí en Buenos Aires, y luego hicimos una pequeña gira por Uruguay y Chile para presentarnos en algunos festivales de cultura. Regresé apenas ayer, y podrás imaginarte que mi casa era un caos. Espero que para estas alturas ya tengas propuestas de trabajo y, si no, deseo que estés descansando, relajándote y

tomando las cosas con calma. Mi abuelo siempre decía que todas las cosas ocurren (o no ocurren) por una razón; a veces no podemos entender cuál, pero siempre hay una razón.

Al principio me sentí muy indignada por ti cuando leí tu carta anterior y me enteré de tu despido, pero después empecé a pensar que si no valoraban tu trabajo, no te merecían, y quizá sea lo mejor que te hayan dejado ir. Las adversidades también son campo fértil para las oportunidades (eso también lo decía mi abuelo), y seguramente vendrá algo muy bueno para ti en el campo laboral.

Por cierto, hablando de tu trabajo, debo decirte que me dejó sin aliento. Tus diseños son espectaculares. Atrevidos, arriesgados, vanguardistas, pero al mismo tiempo acogedores. Me fascinó lo que hiciste con cada uno. Si algún día decido construir una casa (y espero en verdad tener los medios para ello) ten por seguro que te contrataré. Tu trabajo es hermoso, estoy segura de que tu familia debe estar muy orgullosa de ti, tú mismo debes estarlo, y ahora estoy completamente de acuerdo contigo al pensar que los arquitectos son artistas.

¿Alguna vez has venido a Argentina? Buenos Aires es una ciudad bellísima, y tiene edificios que, estoy segura, te fascinarían.

Yo tendré una semana de descanso luego de nuestra pequeña gira, pero el director nos informó que es posible que recibamos una invitación para presentarnos en algunas ciudades de Europa en enero o febrero. Eso me emociona mucho, ¿sabes? Nunca he estado en Europa, y ese es uno de los sueños de mi vida, porque, además de ser un continente tan bello, está lleno de cultura. Argentina se le asemeja mucho, vivir aquí es casi como estar en un pedacito de Europa.

En fin, creo que estoy divagando, tal vez por el cansancio del viaje. Para ser recíprocos, te adjunto una memoria USB con unos videos de ensayos y recitales míos. Espero que el formato sea compatible con los que usan en México, desconozco ese tipo de cuestiones.

Con afecto.

Emma

Volvió a leer la carta. Fue consciente de cuánto había extrañado las palabras de Emma; ver su letra en el papel era como un bálsamo tranquilizador que se deslizaba a los rincones más íntimos de su alma.

De pronto lo asaltó una idea inquietante: tal vez Emma escribía de ese modo debido a la distancia, a que, quizá, pensaba que tenían muy pocas probabilidades de verse en persona algún día, y esa falta de compromiso le facilitaba el explayarse de esa manera.

Sabía, por experiencia, que las personas aparentan cosas muy diferentes a su verdadera personalidad cuando se escudan en el anonimato o en la distancia. Casos como ese se ven todos los días en internet.

«No —pensó— Emma es auténtica, es real».

Trató de alejar de su mente la tentación de pedirle en su siguiente carta que le enviara una fotografía suya. ¿Y si le sugería que se comunicaran por correo electrónico, o por Facebook? Sería mucho más fácil y rápido.

Sin embargo, por muy tentador que fuera y por mucho que ansiaba tener contacto más constante y rápido con ella, desechó esa alternativa.

Con la tecnología todo es tan frío e impersonal. Pensó que los seres humanos nos limitamos a enviar mensajes de texto por el teléfono celular o por la computadora, y creemos que un emoticono puede expresar todas nuestras emociones. «Incluso —pensó— ya casi no hablamos por teléfono».

En cambio, las cartas de Emma tenían una calidez, una sensibilidad que, pensaba, muy difícilmente encontraría en la pantalla de un dispositivo electrónico. El simple (en apariencia) hecho de que ella se tomara el tiempo de escribirle de puño y letra significaba mucho para él.

Tomó la memoria USB y se dispuso a estar a la par con Emma en cuanto a tener una idea de cómo era su trabajo. Eran cuatro videos, dos cortos de ensayos, y dos, de mayor duración, de recitales.

Era mucho más joven de lo que él había imaginado, tenía una figura grácil y una belleza atemporal y, como violinista, era completamente virtuosa. Raúl no sabía demasiado de música, pero calificó sus ejecuciones como perfectas.

En la segunda grabación interpretaba una lenta melodía con acordes muy agudos, y Raúl tuvo una muy profunda sensación de melancolía no solo al escucharla, sino al ver que ella, por momentos, cerraba los ojos, y parecía no solo sentir la música, sino vivirla con todas las fibras de su ser, fundirse con su instrumento hasta que todo lo demás desaparecía. Era, simplemente, sublime, y al mismo tiempo desgarrador.

El sonido de su teléfono móvil lo sacó de su oasis temporal; era Hilario Díaz quien llamaba.

Su colega lo llamaba para decirle que apenas dos días antes se había enterado de que había salido de «Huesca, Martín y Sheridan», y le



preguntaba si ya estaba trabajando en otra parte.

Con desgana, Raúl le respondió que no.

—Bien, bien —dijo aquel con entusiasmo.

Raúl se sintió molesto.

—¿Te alegra que aún no tenga trabajo?

—Sí, me alegra, porque te llamo precisamente para hacerte una propuesta, y me apenaría que ya estuvieras comprometido en otra parte. Te invito a cenar hoy y platicamos del asunto, ¿qué te parece?

—¿Estás ofreciéndome empleo?—preguntó, incrédulo.

—Sí, así es.

Se pusieron de acuerdo sobre el lugar y la hora y se despidieron.

Raúl se sintió emocionado. Era maravilloso tener una nueva propuesta profesional, especialmente de alguien tan reconocido como Hilario. Tal vez Emma tenía razón: era mejor haber salido de Huesca y asociados para buscar nuevos horizontes.

Pospuso la redacción de su respuesta para el día siguiente, cuando pudiera darle a Emma algo más que lamentaciones.

## CAPÍTULO 9

La propuesta de Hilario resultó ser sumamente atractiva. Tenía entre manos la construcción de un complejo residencial de gran envergadura que incluía casa club, canchas de tenis y un campo de golf. Aunque eso no era nada novedoso, Hilario tenía la idea de ofrecer un concepto fresco y diferente, que diera un giro novedoso a lo que ya se había visto al respecto.

Y quién mejor que Raúl Félix para entender lo que deseaba y plasmarlo en un plano. También él era reconocido por sus diseños vanguardistas, pero en ese momento su estudio tenía demasiado trabajo, y la adición de Raúl le daría un buen respiro.

Ambos quedaron encantados con los términos y acordaron que Raúl empezaría al día siguiente.

Después de meses de letargo creativo y unos días de descanso, Raúl emprendió el nuevo proyecto con el despacho de Hilario con renovados bríos.

Había estado investigando a conciencia sobre nuevas tendencias en materia de complejos residenciales de lujo, y ya tenía algunas ideas que ofrecerle a Hilario, algunas de las cuales lo habían dejado muy satisfecho porque se referían al aspecto ecológico.

Sin embargo, su nuevo empleo lo había absorbido tanto que ni siquiera había tenido tiempo de ver a su hija en la última semana, y tampoco había podido hacerse un pequeño espacio en su apretada agenda para responderle a Emma.

Por fin el domingo tuvo algo de tiempo libre, pero su familia había organizado un convivio en casa de su padre, así que pensó que la carta tendría que esperar hasta cuando volviera a su departamento, por la noche.

La casa de su padre tenía un jardín de medianas dimensiones, y habían aprovechado parte del espacio para construir una alberca pequeña pero hermosa, por lo que a Paola le encantaba ir a la casa de su abuelo paterno.

Ya hacía bastante frío, pero el día estaba muy soleado y el agua azul de la fosa realmente invitaba a darse un chapuzón y a relajarse.

Raúl se hallaba en una tumbona contemplando a su hija y a sus sobrinos, quienes jugaban a salpicarse. Lucía verdaderamente relajado, y Eloísa lo notó.

—Hilario me comentó que está muy contento con las ideas que le has dado para el nuevo proyecto —le dijo de pronto.

—¿De verdad? —Raúl ni siquiera se volvió a verla, concentrado como estaba en observar a su hija. —Pues a mí me dijo que tú tienes un talento natural para el diseño interior.

Eloísa se sonrojó como no lo hacía desde los tiempos en que su ahora esposo la cortejaba.

—¿De verdad te dijo eso?

—Por supuesto. Yo ya te lo había dicho también. ¿No confías en el criterio de tu hermano? —preguntó, falsamente ofendido.

Eloísa se recostó en su tumbona, satisfecha.

—Bien, entonces, creo que cuando termine el curso me uniré al negocio familiar.

Raúl la miró y sonrió. Le agradó que su hermana tuviera planes para sí misma, después de estar dedicada a su familia y a su hogar durante los últimos veinte años.

Como veía que la reunión iba a durar más de lo previsto, Raúl le preguntó a su padre si podía utilizar su estudio solo por un momento, y se dirigió allá. Sentía gran urgencia por escribir a Emma.

*México, 9 de noviembre de 2015*

Querida Emma:

Te aseguro que mi demora para responderte no es en modo alguno una represalia. Me complace informarte que ya tengo un nuevo trabajo: mi amigo Hilario Díaz, quien tiene un prestigioso estudio de arquitectura, me ofreció empleo en sus oficinas, en un proyecto residencial muy importante.

Por ello toda esta semana he estado tan ocupado que no había tenido tiempo de escribirte. Normalmente lo hago por las noches, pero he estado llegando muy tarde a mi departamento.

A pesar de ello me siento casi feliz. Estos últimos meses habían sido muy difíciles para mí. Creo que no te había dicho que estoy divorciándome, y francamente es una de las experiencias más cansadas, dolorosas y desgastantes por las que puede pasar una persona, sobre todo, cuando no es la parte que lo solicita. Eso,

aunado a la situación laboral en que me hallaba, me tenía en un estado de ánimo prácticamente depresivo, creo que funcionaba en automático, sin proyectos ni expectativas, solo sobreviviendo.

En este momento siento que puedo volver a empezar. Lo que me dices sobre mi trabajo es muy halagador; siempre he pensado que quienes no son arquitectos a veces pueden valorar más objetivamente nuestro trabajo (aunque esto suene muy pretencioso de mi parte).

Por cierto, me encantaron los videos que me enviaste, no tenía idea de lo talentosa que eres. Ahora mismo me siento engreído de poder decir que conozco a la famosa violinista Emma Barrientos.

Me daría mucho gusto por ti que se concrete lo de la gira por Europa. Yo he estado en Grecia y en Italia, y uno de mis planes era ir este año a Holanda y a Dinamarca, pero no contaba con que mi esposa solicitara el divorcio. En fin, creo que eso tendrá que esperar, no pienso cancelar ese proyecto por ese simple motivo, aunque seguramente mi acompañante será diferente. Estoy pensando proponérselo a mi hija como regalo de 15 años, lo que sería dentro de dos. Es un plazo muy largo, ¿verdad? Creo que entonces le propondré que vayamos antes a Argentina, especialmente a Buenos Aires.

Te confieso que lo único que me preocupa de que te vayas de gira es que seguramente no tendrás tiempo de escribirme. Extrañaría mucho tus cartas. De hecho, he pensado que ya que hemos estado en contacto durante este tiempo, podríamos dar el siguiente paso y escribirnos por correo electrónico o vía Facebook.

Espero que no pienses que soy un atrevido, tal vez estoy divagando. Lo que pasa es que contigo puedo expresar muchas, tantas cosas, por alguna razón las palabras fluyen con facilidad cuando las pienso y escribo para ti.

Debo reunirme nuevamente con mi familia. Te dejo mi dirección de correo: raul.félix@netmail.com, y puedes encontrarme en Facebook como Raúl Félix Nava (tengo varios homónimos, así que fíjate que diga que soy arquitecto, verás algunas de las fotos que te envié en mi muro).

Espero saber de ti muy pronto.

Con afecto.

Raúl

## CAPÍTULO 10

¿En verdad Raúl estaría considerando la posibilidad de ir a Argentina? La gente escribe cosas sin pensar cuando se escuda en la distancia, pero su propuesta parecía seria.

Sintió un extraño cosquilleo en las entrañas al imaginar que pudiera verlo cara a cara. De pronto se sintió ansiosa sin saber exactamente por qué. ¿Conocer a Raúl?

Además, él le informaba que estaba divorciándose. No supo cómo sentirse al respecto. Sabía de muchísimos casos en que los hombres le decían a sus amantes que estaban divorciándose, pero ella no era amante de Raúl, ¡por favor!, y él ni siquiera había mostrado ninguna pretensión romántica respecto a ella. Para ser sincera, el tono de sus cartas era estrictamente fraternal. Bien, no tan fraternal, solo que le escribía como un amigo.

Estaba casado, y al parecer era su esposa quien había solicitado el divorcio; tal vez todavía estaba enamorado de ella. Sintió una punzada de celos. No tenía razones ni derecho a sentir celos de la esposa de Raúl. Después de todo no lo conocía, sabía muchas cosas de él por sus cartas, pero no quería pensar que lo estaba idealizando.

«Además, yo vivo con Mateo», pensó con una mezcla de decepción y culpa.

¿Qué era lo que le estaba pasando? ¿Por qué cada una de las palabras de Raúl, sus expresiones, la hacían sentir mariposas en el estómago? ¿Por qué esperaba sus cartas con tanta ansiedad, y cuando tardaban en llegar se sentía inquieta y molesta? ¿Por qué se las ocultaba a Mateo, como si contuvieran cosas demasiado íntimas para compartirlas con él? ¡Él era su pareja! El hombre con el que había decidido compartir... Sus pensamientos se toparon de pronto con un escollo que no había notado, o más bien, que había decidido no enfrentar, pues nunca se había imaginado pasando el resto de su vida con él.

Cuando conoció a Mateo le atrajeron su personalidad desenfadada, su

genialidad musical, su visión un tanto hippie de la vida.

Decidieron vivir juntos apenas mes y medio después de conocerse, y al principio había sido toda una aventura: compartir el mismo departamento, acoplarse, la intimidad alocada, salir muy frecuentemente con amigos a bares y a fiestas (aunque ella lo hacía con gran remordimiento porque tenía que levantarse temprano para ir a los ensayos).

Mateo era fascinante, pero era muy difícil seguirle el ritmo porque su humor y sus necesidades cambiaban muy constantemente.

Además, no era nada romántico. Encontraba imposible no compararlo con Raúl, y aunque este último no le había dicho nada que pudiera considerarse romántico, en el sentido sentimental o sensual del término, ella se sentía cobijada por sus palabras.

No le había dicho qué edad tenía; hizo cálculos mentales: si tenía una hija de 13 años, suponiendo que él tuviera 25 al nacer la niña, actualmente tendría 38. No era viejo, en absoluto. Ella tenía 26. ¿Le importaba tanto la diferencia de edades?

No escuchó el ruido de la puerta y se sobresaltó cuando vio a Mateo parado junto a ella y le preguntó: «¿Qué haces?».

Ella se llevó al pecho la carta que aún sostenía en la mano derecha.

—¡Mateo, me asustaste! —exclamó.

Él miró la carta estrujada sobre el pecho femenino.

—¿Qué haces? No me digas que estás escribiéndole a tu amiguito de México. ¿Pues qué tanto os decís, si ni siquiera se conocen?

Emma ignoró sus cuestionamientos y dobló con cuidado la carta para meterla de nuevo en el sobre.

Él la miraba hacer sin decir nada. Definitivamente no se sentía cómodo con ese intercambio.

—¿Entonces? ¿De qué charlan ustedes?

Emma lo miró. Por alguna razón que Mateo ignoraba, estaba molesta con él.

—Charlamos de muchas cosas, Mateo. De nuestros trabajos, de nuestros proyectos —iba a decir «de nuestros anhelos», pero no quería darle ideas equivocadas.

—¿Y cómo sabes que tu amiguito no te está diciendo mentiras? Es muy fácil inventarse hasta una nueva personalidad con tanta distancia de por medio.

Emma no tenía deseos de discutir. Sabía que en cierto modo Mateo tenía

razón, pero estaba cansada, y molesta con él, aunque no había determinado la razón exacta.

Se puso en pie.

—Buenas noches, Mateo.

—¿Te vas ya a dormir? ¡Pero si acabo de llegar! —exclamó él.

Ella se volvió. Un destello de esperanza se encendió en su pecho. ¿Acaso Mateo quería pasar unos minutos con ella, estar a su lado, conversar tranquilamente?

—¡No he cenado, por Dios!

Ella soltó el aire. Bien, no se trataba de que él quisiera estar con ella luego de un arduo día de trabajo.

—Hay spaguetti en el microondas y pizza en la barra; y quedó un poco de sushi. Buenas noches.

Ni siquiera esperó la respuesta airada de él, aunque no la hubo, porque se quedó boquiabierto, viéndola alejarse rumbo a la habitación.

Pero ¿qué era lo que le estaba pasando a esa mujer? Mateo realmente no sabía que pensar.

\*\*\*

Emma salió muy temprano al día siguiente porque tenía ensayo, pero dejó listo el desayuno de Mateo antes de irse. No quería discutir más con él, y tampoco quería darle motivos para que él lo hiciera.

Afortunadamente para ella, la música era un bálsamo tan curativo y relajante como una sesión en un *spa*. Se olvidó de todo, incluso de Raúl, mientras ensayaba.

Pero al terminar, volvió a la realidad. Tenía que investigar un poco. Tomó su móvil y en el buscador de internet tecleó el nombre completo de Raúl. Había unos cuantos homónimos, pero dio pronto con él gracias a la referencia de su profesión.

Abrió una página donde se hablaba de su trabajo y había una corta reseña de su vida.

«Raúl Félix Nava nació en la Ciudad de México en 1980. Hijo del arquitecto Armando Félix Urquidez, desde muy pequeño tuvo contacto con el mundo del diseño y de las formas. Desde que estudiaba en la Universidad Nacional, se destacó por sus bosquejos vanguardistas y, ya como profesionalista, ha sido reconocido por sus diseños que combinan las líneas



atrevidas con la armonía y el confort».

Pudo ver varias fotos de los diseños de Raúl; siguió leyendo, y más abajo encontró información personal: estaba casado, desde 2001 con Estefanía Milán, con quien tenía una hija, Paola. No decía nada sobre el divorcio.

Se dio cuenta de que la página no había cargado por completo cuando ella empezó a bajar en la pantalla, y cuando volvió al inicio encontró una fotografía de Raúl. Aparecía con una camisa azul cielo, los brazos cruzados sobre el regazo en una actitud jovial y relajada. Se sorprendió al notar que parecía muy joven y supuso que tal vez era una foto anterior. Amplió la imagen: sus ojos se clavaron en su rostro; no tenía la apostura artificial de una estrella de cine, pero podía presumir de unas facciones muy atractivas, su mentón bien marcado, la nariz fina, pero fuerte, y unos grandes ojos almendrados. Su boca se curvaba en una sonrisa franca y provocativa.

Se sorprendió al darse cuenta de que la había asaltado un escalofrío de bochorno al detenerse en ese último pensamiento. Era un hombre verdaderamente atractivo.

Le mordía la curiosidad por seguir investigando sobre Raúl, pero en ese momento se sentía muy ansiosa; además, por alguna razón, tenía la desagradable sensación de que estaba siéndole infiel a Mateo, en un modo extraño y surrealista.

—Emma, estaba buscándote. ¿Qué haces? Oye, vamos a ir a comer a casa de Paul, es cumpleaños de Cintia, su esposa. ¿Vienes? —Carmela Riguetti, una de sus compañeras en la orquesta, la había sacado de sus intrincados pensamientos.

Se puso en pie de un salto, acalorada, y ocultó la pantalla del móvil.

—Me parece una excelente idea. Lo llamo a Mateo para avisarle y te alcanzo en un minuto.

—De acuerdo.

Mateo no contestó su teléfono, así que le envió un mensaje, y se fue con sus amigos y colegas.

La reunión en casa de Paul se prolongó bastante, a pesar de que todos sabían que tenían ensayo temprano. Mateo la alcanzó allá luego de terminar su ensayo con su banda de jazz. Aunque Mateo solo le dedicó un momento, pues rápidamente se instaló en un pequeño grupo aparte, Emma se sintió contenta de que hubiera podido asistir a la reunión, y de que pudieran volver a juntos a casa.

No quería pensar demasiado, pero sentía que debía replantearse las cosas.

En cierto modo se sentía inmadura por permitir que un hombre al que no conocía en persona, y que se hallaba a miles de kilómetros de distancia, perturbara de esa manera la relativa tranquilidad de su vida. No podía permitirlo. Tal vez Mateo no fuera el hombre más romántico, ni el más dedicado en una relación y tampoco el más comprometido, pero ella sí se aferraba al compromiso, y había hecho uno cuando decidió irse a vivir con él, aunque entonces no pensara que esa unión fuera para siempre.

Empezaba a desconocer ciertos aspectos de sí misma. ¿Acaso había sido tan impetuosa e inmadura, que había decidido irse a vivir con el primer sujeto que se lo propuso? No, no podía ser; siempre se había jactado de ser más sensata y madura que la mayoría de las chicas de su edad, pero ahora no estaba tan segura.

No había pensado que fuera inmadura o insensata cuando siguió el impulso de aceptar la beca de la Escuela Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires cuando apenas tenía 17 años; necesitaba el permiso de sus padres para poder viajar sola a un país desconocido, y lloró, suplicó, pataleó, mas no obtuvo la anuencia de su padre, que se negaba rotundamente a ello.

—¡Si todavía eres una niña! —le dijo—. ¿Cómo vas a viajar sola, a vivir sola en un país que está tan lejos?

Entonces su madre todavía vivía, y la apoyaba en sus sueños, pero no quería contradecir a su esposo. Así que Emma hizo sus planes en secreto, se preparó para viajar a Argentina a perseguir sus sueños, armada con una autorización que tenía las firmas falsas de sus padres.

Dejó una nota en la que explicaba lo que había hecho, y trató de hablar con ellos tan pronto llegó a Buenos Aires pero, en cuanto su padre supo que era ella, empezó a mascullar un sermón del que ella apenas captó unas cuantas palabras sueltas, y al final: «¡No quiero saber nada de ti! Eres una malagradecida», fue lo último que escuchó de él.

Su madre trató de tener contacto con ella, pero su esposo no se lo permitió, ni siquiera cuando enfermó gravemente.

En realidad, el señor había tenido que admitir que no estaba tan molesto con Emma por el bajo ardid de falsificar su firma y la de su madre para irse a Argentina a estudiar música; él siempre la había apoyado en sus proyectos, y si ella hubiera elegido estudiar en su propio país, habría hecho todo lo posible por ayudarla, siempre y cuando lo hiciera en un lugar donde tuviera familiares que pudieran estar al pendiente de ella. Es más, ni siquiera habría tenido que dejar su hogar, ¿qué mejor que la ciudad de México para encontrar

escuelas de música de alto nivel, y oportunidades en renombradas orquestas?

Pero Emma no solo lo había desafiado, sino que le había hecho pasar por el peor miedo que había tenido en su vida: el de perderla, y eso no podría perdonárselo tan fácilmente.

Claro que Emma se había arrepentido en diversas ocasiones de haber escapado de su casa de esa manera, sobre todo, porque sus padres siempre habían sido tan consecuentes con ella; el remordimiento la atenazó con mayor ferocidad cuando su madre agonizaba y ella no podía estar allí para ella. Pero ya no tenía remedio: ella había pecado de soñadora e irreverente, y su padre, de orgulloso. Se preguntó si algún día podría perdonarla, pero ahora era ella quien le guardaba mucho resentimiento por apenas haberle permitido hablar con su madre unas pocas veces cuando era casi demasiado tarde.

Si de ser impulsiva se trataba, o de haber hecho cosas alocadas, tuvo que aceptar que ella ya lo había hecho. No necesitaba una nueva aventura en su vida, por muy atractiva que fuera. Tendría que proponerse olvidar a Raúl y sus cartas a toda costa.

## CAPÍTULO 11

Se mantuvo firme en su propósito de esquivar la tentación de escribir a Raúl por cualquier medio. Había guardado sus cartas en una caja metálica y la había escondido en un rincón recóndito de su armario.

Trató de distraerse tanto como pudo, en los ensayos, con sus colegas, con las fiestas navideñas, conciertos por las fiestas, con Mateo...

Pero Mateo no era Raúl; tanto sus interacciones personales como electrónicas eran más bien frías y, a la manera de Mateo, bruscas.

Recordaba con certeza la dirección de correo electrónico de Raúl, pero no se decidía a enviarle un mensaje.

\*\*\*

Aunque Raúl hacía un gran esfuerzo por aparecer feliz y relajado, algo en su semblante delataba una secreta tristeza, una ansiedad contenida, un deseo no confesado.

Casi toda su familia estaba demasiado ocupada en compromisos con motivo de las fiestas decembrinas para darse cuenta de ello, excepto Eloísa. Ella sí notaba que la alegría que su hermano había exhibido hasta hacía unos días no tenía el mismo brillo ni el mismo entusiasmo.

El mismo Raúl tenía que admitir que estaba ansioso; la incertidumbre lo estaba carcomiendo por dentro. Había esperado la respuesta de Emma en los días previos, si no un correo electrónico o un mensaje en Facebook, sí una misiva. Pero no había recibido ni los unos ni la otra.

Después del brindis navideño, casi todos departían alegremente, y Eloísa aprovechó la distracción de los demás para acercársele.

—Haz estado muy callado toda la noche, ¿qué te pasa?

Eloísa pensaba que, ya que se trataba de la primera Navidad de Raúl lejos de su esposa y de su hija —su primera Navidad como hombre divorciado—, seguro estaba nostálgico y triste.

Raúl tenía la mirada fija en todos los demás y agitó distraídamente su copa.

—Supongo que la Navidad siempre resulta nostálgica para algunos.

—Paola pasará con nosotros la velada de Año Nuevo —repuso Eloísa, tratando de alegrarlo.

Él la miró y sonrió.

—Sí. Tengo que aprovecharla, pronto no querrá estar con su madre ni conmigo, preferirá irse a celebrar con sus amigos.

—Es muy joven aún para eso. ¿Extrañas a Estefanía? —No quería ser atrevida ni remover recuerdos dolorosos, pero quería que Raúl le hablara de lo que fuera que le estuviera molestando.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que siempre la extrañaré. Aunque quizá no sea a ella a quien extrañe, sino a la vida que teníamos juntos, la convivencia. No lo sé. En este momento no pienso en ella.

—Bueno, al menos estamos casi todos juntos. Además, como ya te dije, Paola estará con nosotros en Año Nuevo.

Raúl guardó silencio, y Eloísa pensó que detrás de ese mutismo había algo que su hermano no se decidía a revelar. Tanto para ella y sus hermanos como para su padre, esa Navidad era difícil; de hecho, don Armando ni siquiera tenía deseos de celebrar. Aunque aparentaba gran estoicismo, lo cierto es que le estaba costando mucho trabajo continuar con su vida después de haber perdido a su esposa. La viudez le estaba pesando mucho. Y ellos extrañaban dolorosamente a su madre.

Se volvió para hacerle con la mirada la pregunta que no se decidía a formular en voz alta.

Raúl no pudo sostener el peso de la mirada de su hermana, que siempre se salía con la suya, apoyada en esos ojos inquisidores.

—¿Recuerdas que hace unos meses estaba investigando lo que había pasado con el señor que ocupaba mi departamento? —al ver que su hermana asentía, continuó—: bien, pues estaba haciendo esas averiguaciones para dárselas a conocer a la nieta del señor.

Emma recordaba que les había hablado de eso a Eduardo y a ella, pero no entendía cuál era el punto.

—Resulta que poco después de habitar el departamento, llegó una carta, que resultó ser de la nieta del señor Barrientos, el anterior inquilino; ella vive en Argentina y se comunicaba por carta con su abuelo.

»Yo le devolví la carta con unas cuantas líneas en las que le informaba del

deceso del señor Barrientos, y de que ahora soy yo quien ocupa el departamento. La mujer me contestó semanas después de una forma por demás amable, agradeciéndome la cortesía de informarle sobre la muerte de su abuelo, ya que no se había enterado. Desde entonces hemos mantenido una correspondencia constante.

El rostro de Emma era todo interrogantes; seguía sin entender nada.

—¿Has estado escribiéndole a la nieta del anterior inquilino del departamento en que vives? Pensé que te habías limitado a devolverle la carta para su abuelo.

—Así fue, al principio.

—Eso fue hace algunos meses.

—Ajá.

¿Por qué Raúl era tan parco? Eloísa hubiera querido zarandearlo para que fuera más explícito; no tenía idea de cuál era su punto.

—¿Y?

Su hermano suspiró.

—No he recibido carta de Emma, a pesar de que le escribí a principios del mes pasado, y... supongo que estoy ansioso.

Ahora sí Eloísa entendía menos.

—Espera. ¿Me estás diciendo que mantienen «correspondencia constante» por correo ordinario? ¿En papel, con sobres, por avión? —Su expresión era realmente cómica.

—Así es, hermanita.

—Pero, Raúl, ya existe el correo electrónico, Facebook, WhatsApp. ¿Qué edad tiene esa mujer? ¿Es tan vieja que no puede manejar una computadora o un teléfono móvil? —la voz chillona de Eloísa atrajo una que otra mirada curiosa de sus familiares al otro lado del salón.

—¿Quieres bajar la voz? No sé qué edad tiene Emma, pero, por lo que me ha contado, debe ser aún bastante joven.

Eloísa trató de ser un poco más comprensiva. Su hermano había pasado por un trance muy duro, tal vez esa mujer le había dado algo de alegría. No tenía nada de malo que él mantuviera una amistad idealizada en la distancia.

No entendía por qué habían estado escribiéndose por correo aéreo con una mujer a la que ni siquiera conocía en persona, pero su hermano se había mostrado más abierto y alegre en las últimas semanas, y al parecer era por influencia de Emma.

—¿Y por qué no le escribes nuevamente? —preguntó.

—Ya lo hice. Le envié una tarjeta de Navidad.

—Wow, es un gran detalle. ¿Recuerdas cuando las familias se tomaban el tiempo para comprar tarjetas navideñas y escribir un mensaje personal para sus familiares y amigos? Creo que era una tradición maravillosa.

—Sí, lo era. Nuestros padres siempre recibían varias cada año.

—Era parte de la magia de la Navidad —acotó Eloísa con una nota de nostalgia tan notoria que Raúl pensó que estaba a punto de llorar.

—Ahora todo se limita a postales electrónicas y emoticonos —opinó Raúl, y dio un sorbo a su copa para ocultar la tristeza y la decepción.

Eloísa asintió. Tuvo un momento de claridad al entender por qué su hermano y su amiga sacrificaban la comodidad de la inmediatez por la mágica nostalgia del papel y el bolígrafo.

## CAPÍTULO 12

Se quedó de piedra al reparar, entre todo el correo, en el ancho y elegante sobre beige con la letra inconfundible de Raúl en el reverso.

¿Qué podía ser? Lo abrió con cuidado a pesar de la curiosidad y la ansiedad que la embargaban, y sacó una hermosísima tarjeta Navideña.

Se trataba de un paisaje nevado, en cuyo fondo, entre los pinos, podía verse una cabaña con el fuego encendido y un pino navideño en la ventana. Era una preciosa y nostálgica estampa decembrina, y Emma se llevó la mano desocupada al pecho, emocionada hasta las lágrimas. No había visto una postal en años, y mucho menos una tarjeta de Navidad.

Leyó el breve mensaje impreso, seguido de uno, breve también, pero muy significativo, de puño y letra de Raúl. Era lo más hermoso que alguien le había dicho, y en ese momento deseó poder estar en persona con él para agradecerle, y para desearle felicidad y amor.

Contuvo el aliento. Se sintió mezquina al recordar que ella ni siquiera había tenido la delicadeza de responder a su última carta, empeñada como estaba en dejar atrás esa aventura que se le estaba tornando peligrosamente sentimental.

Volvió a leer la tarjeta: «Mi deseo para ti en esta Navidad es que siempre estés rodeada de mucho, mucho amor. Con cariño, Raúl».

«¡Oh, Dios! Qué tonta e ingrata he sido», se reprendió.

La Navidad había pasado dos días antes, así que Mateo ya había vuelto a su rutina habitual y se hallaba ensayando.

Corrió a su laptop. Recordaba claramente la dirección de correo electrónico de Raúl. Aunque se había negado a establecer contacto con él por medios electrónicos, en ese momento requería de la rapidez de internet.

Querido Raúl:

Perdona que no te haya escrito antes. He tenido mucho trabajo, en estos días tenemos muchos conciertos navideños. Por cierto, feliz Navidad, aunque sea un poco tarde, pero en verdad espero que



hayas pasado unas hermosas fiestas. Sinceramente te deseo toda la felicidad del mundo.

Hoy recibí tu tarjeta. Tengo que confesarte que me emocionó hasta las lágrimas. Quizá, en parte, porque en estos días he estado más sentimental que de costumbre; la Navidad solía ser una época de felicidad para mí, pero desde que murió mi madre, experimento una sensación más bien amarga durante las fiestas. La extraño mucho, y nunca me perdonaré el no haber estado con ella en sus últimos días. Tu tarjeta me hizo viajar al pasado, un pasado feliz, más ligero, menos complicado que la actualidad; me trajo muchísimos recuerdos. Vagamente recuerdo algunas tarjetas navideñas que mi madre guardaba en una caja con cartas y postales, eran tarjetas enviadas por familiares y amigos para darle a mi familia sus mejores deseos de paz y de dicha en Navidad y en el año que estaba por comenzar. Eran tarjetas viejas, para cuando yo nací prácticamente ya había desaparecido esa tradición, así que no sabía lo que se siente recibir una. Ahora sé que es maravilloso.

Si no te había escrito es porque tenía miedo, no me preguntes a qué. En este momento mi vida es un tanto caótica, pero me encantaría tomarte la palabra e invitarte a que vengas a visitarme tan pronto sea posible, en cuanto regrese de la gira por Europa, si es que no voy antes a México, porque la nostalgia me está matando.

Como sea, te aseguro que me haré el propósito de que nos encontremos y podamos conocernos en persona, en este momento es una de las cosas que más deseo, pero antes tengo que aclarar ciertas situaciones en mi vida.

Tengo que irme. Escríbeme, por favor, ya sea por e-mail o por carta.

Afectuosamente.

Emma

## CAPÍTULO 13

Raúl se quedó estupefacto mirando la pantalla de su ordenador. A la ansiedad de la espera, y luego a la alegría de recibir noticias de Emma, le sucedieron una serie de emociones que tendría que identificar una por una.

El e-mail de Emma le había brindado gran alegría, pero también lo había dejado con muchas dudas. ¿A qué se refería al decir que su vida es un tanto caótica? ¿Qué situaciones tendría que aclarar? ¿En verdad estaba dispuesta a volver a México?

Le decía que estaba más sentimental que de costumbre, y él tenía la sospecha de que no era solo por su madre y por estar alejada de su familia. Había algo más, pero ¿qué era?

Admitía que no le había escrito antes por miedo, ¿a qué? Ella misma se negaba a reconocer la causa o, al menos, a decírsela a él. Esa frase lo había descolocado por completo. Nunca se hubiera imaginado que esas palabras exactas pudieran provocarle tal desasosiego.

«¿A qué le temes, Emma?», le preguntó en su mente.

Sabía que deseaba conocerla, anhelaba sus cartas, sus palabras eran una veta de alivio y de novedad para él. No había sucumbido a la tentación de buscar en internet información sobre ella, aunque estaba seguro de que no sería difícil hallarla. De alguna manera sentía que eso le robaría objetividad a su relación. Pero, ¿puede una relación ser objetiva? En realidad no quería contaminar la confianza que se había establecido entre ambos.

La intempestiva llegada de su hija lo sacó de sus cavilaciones. Agradeció para sus adentros la interrupción, porque en ese instante sentía que debía tomarse las cosas con calma y darse tiempo para analizar la situación en general, y sus sentimientos en particular.

—No me digas que olvidaste que iríamos a comer —le espetó la joven cuando vio su expresión de asombro al verla llegar.

—Claro que no lo olvidé, pero recibí un correo muy importante, y estaba muy concentrado —se justificó.

\*\*\*

—¿Dónde pasará tu madre la velada de Año Nuevo? —le preguntó, ya en el restaurante.

Paola hizo un gesto de desgana.

—Me parece que con su amigo Damián.

—Parece que van en serio.

Su hija lo miró a los ojos.

—Papá, dime la verdad, ¿por qué se divorciaron mi mamá y tú?

Si Raúl esperaba que su hija le hiciera esa pregunta alguna vez, definitivamente no era en ese momento. Había previsto esa situación, y había pensado que lo más conveniente sería decirle a su hija que eran cosas de adultos. Pero su hija merecía más que eso. Suspiró.

En los últimos meses había tenido mucho tiempo para pensar en lo que había pasado; recordó que él trabajaba muchas horas, y cuando llegaba a casa hacía gala de su frustración y de un humor amargado. Tal vez, realmente había descuidado a Estefanía, quizá no le había dedicado el tiempo y la atención que ella requería y merecía.

—No lo sé, hija, quizá fueron muchas cosas. Supongo que yo tuve gran parte de culpa, me concentré en mi trabajo y descuidé a tu madre, y a ti.

Paola lo miró con expresión triste.

—Tal vez, pero yo no vi que mi mamá se esforzara por ayudarte, o por remediar la situación.

—¿Cómo podría haberlo hecho? Al parecer el problema era yo. Además, mentiría si dijera que no lo intentó. Ella fue muy tolerante, Paola, soportó muchas cosas, y puso mucho de su parte para que nuestra relación volviera a funcionar.

—Sí, pero me parece que cuando un hombre y una mujer se casan, prometen estar juntos en las buenas y en las malas.

¡Vaya! Al parecer su pequeña se estaba convirtiendo en una jovencita muy madura. Antes de que pudiera replicar a su último comentario, la muchacha señaló:

— Tú y mi mamá nunca hablaban.

—No, nunca hablábamos —concedió él, con tristeza—. Últimamente solo discutíamos. Entiendo a tu madre, Paola: era muy difícil tratar conmigo. Me concentré tanto en mis frustraciones laborales, que dejé de ver todo lo bueno que tenía.

La joven pareció asimilar lo que su padre decía. Cambió de postura y de tono al decir:

—Papá, ¿le fuiste infiel a mi mamá?

Raúl casi se atraganta. Definitivamente no esperaba esa pregunta. Ni en sueños podría imaginarse haciéndole a su padre un cuestionamiento semejante. Los tiempos habían cambiado mucho desde que él era un adolescente. Los padres eran los proveedores, los que cuidaban del bienestar de la familia y del buen funcionamiento del hogar, pero la comunicación entre padres e hijos resultaba muy limitada. Había una línea invisible pero muy bien definida que marcaba la incuestionable autoridad de los padres, y los hijos debían apegarse a ella o sufrir las consecuencias.

—Vamos, papá, ya tengo trece años, creo que tengo derecho a saber.

Él se irguió en su silla, pero su expresión era relajada, aunque seria.

—No, Paola, nunca le fui infiel a tu madre.

—¿De verdad? —La muchacha hacía un gran esfuerzo por ocultar una sonrisa que delatará su incredulidad.

—Tú confías en mí, ¿verdad? Nos contamos casi todo, ¿no es cierto? —Al ver que su hija asentía en silencio, continuó—: pues yo tengo mucha confianza en ti y, aunque me expusiera a que me odiaras, te diría la verdad si le hubiera sido infiel a tu madre, pero nunca lo hice.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para que no se le notara lo incómodo que lo ponía hablar de ese tema con su hija.

—¿Nunca te atrajo ninguna otra mujer?

—Claro que sí, soy hombre, y tengo ojos. Pero yo estaba enamorado de tu madre...

—Muchos hombres son infieles aunque estén enamorados de sus esposas —lo interrumpió su hija con una expresión de enojo que a Raúl le pareció muy graciosa.

Al parecer, su hija sabía de la vida mucho más de lo que él creía.

—Sí, tienes razón. Yo tuve oportunidades, y tentaciones también, soy humano. Pero pensaba en lo que perdería por un momento de placer pasajero, y eso hacía que se me quitaran las ganas de hacer una cosa como esa.

—Y de cualquier modo la perdiste —replicó Paola en medio de un sonoro suspiro.

—Sí, pero al menos no te perdí a ti.

La joven sonrió abiertamente. Siempre se había llevado mejor con su padre que con su madre, había una complicidad entre ellos que molestaba a

Estefanía, aunque tratara de ocultarlo, porque pensaba que su hija la consideraba la villana.

—¿Cuándo voy a quedarme en tu casa? —preguntó de pronto.

—Todavía tienes unos días de vacaciones. ¿Por qué no le dices a tu madre que te quedarás conmigo hasta que regreses a la escuela?

—¿De verdad?

—Claro, me encantará tenerte conmigo estos días.

## CAPÍTULO 14

Paola dio vueltas en el centro de la sala y luego se dejó caer en el sofá.

—Me encanta tu departamento, papá. Mi tía Eloísa lo dejó muy bonito.

—Y tu tío Eduardo también —agregó él, riendo.

—Sí, mi tío Eduardo también —Paola también rio.

Después de ver una película se fueron a dormir, aunque Raúl no tenía planes de hacerlo todavía porque tenía un asunto pendiente.

Tomó su portátil y abrió el correo.

Querida Emma:

“Me parece que para los dos estas navidades han sido más bien de altibajos emocionales, aunque siento que lo ha sido más para ti que para mí. Yo ya me siento más tranquilo; se concretó mi divorcio, pero mi hija está conmigo, y aunque es mi primera Navidad separado de ellas, y sin mi madre (falleció hace unos meses) creo que no me fue tan mal.

Sin embargo, me parece que para ti ha sido más duro porque estás en un país lejano, extrañas a tu madre y a tu familia, y además has estado agobiada por el trabajo.

Desearía que estuviéramos cerca para poder ofrecerte mi apoyo y decirte que todo va a estar bien. Como tú misma lo dijiste, las cosas pasan por una razón.

Por el momento solo me queda desearte que, cualquiera que sea la situación por la que estás pasando, se resuelva satisfactoriamente. Sabes que puedes contar conmigo y, si necesitas un amigo, tal vez pueda arreglármelas para darme una escapada y visitarte.

Ya sé que suena ridículo, tomando en cuenta que no nos conocemos en persona, pero creo que a estas alturas eso no tiene mayor importancia.

Mi hija está conmigo esta noche, y pasará la velada de Año Nuevo con mi familia. Es una muchacha maravillosa, aunque yo lo diga.

Es muy inteligente, sagaz y madura, no se la puede engañar. Hoy me preguntó por qué nos divorciamos su madre y yo. Me puso en un verdadero predicamento, del cual salí como pude.

Ojalá tu situación con tu familia también se resolviera, sé que desconozco los detalles y no quiero ser impertinente. Es muy tarde, debo dejarte, o no podré levantarme por la mañana.

Con cariño.

Raúl

\*\*\*

—¡Por favor, Emma! ¿Es que no piensas venir a dormir? ¿Qué rayos pasa contigo?

Instintivamente, Emma cerró la laptop cuando escuchó la voz de Mateo. Había dejado la habitación y se instaló en la sala para tener mayor intimidad, pero su neurótico y ególatra novio quería que ya se fuera a dormir.

—Regresa a la cama, Mateo. Me vine a la sala para no despertarte.

—Pues ya vez que no funcionó. Es tardísimo. ¿Qué haces? Tienes ensayo mañana.

Suspiró. No quería discutir con Mateo; sabía que, en lo personal, no le importaba demasiado si ella tenía ensayo o no. Ya en otras ocasiones la había instigado a acostarse a altas horas de la madrugada por alguna reunión con amigos. Le lanzó una mirada fulminante. ¿Por qué tenía que ser tan egoísta e individualista?

Un pensamiento fugaz pero agudo la asaltó de pronto: «¿por qué amo a Mateo?», y a este le siguió otro, quizá más mortificante: ¿en verdad lo amaba? ¿La necesidad de estar con él era más que costumbre?

Su rostro mudó de expresión, y Mateo debió notarlo, porque la preocupación se instaló en sus ojos por un instante.

—¿Vas a venir a dormir? —preguntó, tratando de sonar más amable.

—Sí, dame un minuto.

Volvió a leer de prisa el correo de Raúl. Una extraña sensación de vacío se apoderó de Emma; Raúl tenía a su hija, ella no tenía a nadie.

Apagó la laptop y se fue a intentar dormir, porque sabía que difícilmente lograría conciliar el sueño, con tantas interrogantes y dudas como tenía en la cabeza.

\*\*\*

La laptop de Emma yacía inerte sobre el tocador, y Mateo llevaba largo rato observándola con una expresión mezcla de curiosidad y cautela.

Emma había ido al ensayo y no regresaría hasta la hora de comer.

Se paseó varias veces frente al tocador sin decidirse a tomar el aparato. Por fin, se plantó frente a él, lo miró fijamente y lo tomó.

Se sentó en la cama, abrió la portátil y la encendió.

Emma no le había puesto contraseña porque de vez en cuando Mateo la usaba para buscar información sobre música, pero era propiedad de ella.

No tuvo problemas para abrir el correo porque la joven siempre dejaba la sesión abierta. Al tope de la bandeja de entrada había varios correos de ofertas y diferentes promociones, así como mensajes de colegas y notificaciones de Facebook.

Bajó un poco en la pantalla y encontró un correo de [raúl.félix@netmail.com](mailto:raúl.félix@netmail.com); recordó que Emma le había dicho que su amigo por correspondencia se llamaba Raúl. Lo abrió y lo leyó con relativa calma. Su expresión fue cambiando conforme leía; sus cejas se curvaron y su nariz se arrugó hasta mostrar todo su enojo.

¿Por qué ese hombre, al que Emma ni siquiera conocía, tenía que hablarle de ese modo tan personal? «¿Con cariño?». Acaso el intercambio epistolar que habían mantenido durante esos meses no era tan inocente como él creía, como Emma se lo había hecho creer.

Raúl prácticamente le decía que estaba dispuesto a ir Argentina si ella lo necesitara. ¡Qué pretencioso! ¿Es que no sabía que Emma no estaba sola?

Luego leyó el correo que ella le había mandado a Raúl originalmente. En ningún momento lo mencionaba a él. Además, le decía que su vida era caótica. ¿Y cuáles eran esas situaciones que tenía que resolver en su vida? Reconocía que no le había escrito por miedo. ¡Aquello era el colmo!

Definitivamente ese asunto no le estaba gustando nada, y le gustó mucho menos al investigar a Raúl vía internet.

El sujeto podría considerarse bastante bien parecido, y joven, también; además, era arquitecto, y él era testigo de que Emma había admirado mucho su trabajo.

Aunque ninguno de los dos hacía alusión a que tuvieran una relación más allá de la amistad, Mateo se sintió ofendido y preocupado. Podría ser desprendido y desenfadado, tener una visión más bien *light* de la vida, pero, a



su manera, amaba a Emma, y no le agradaba la idea de que otro sujeto estuviera cortejándola. Por primera vez en su vida sintió celos, y la sensación no le gustó en absoluto.

Sin pensarlo, copió la dirección electrónica de Raúl, ingresó a su cuenta personal de correo electrónico y empezó a escribir:

Soy el novio de Emma, Mateo, vivimos juntos desde hace dos años. No me interesa qué tipo de relación tienen ustedes dos, tomando en cuenta la distancia, pero te exijo que dejes de escribirle. No me gusta nada el tono en que lo has estado haciendo, así que más vale que la dejes en paz. Emma está enterada de esto y está de acuerdo conmigo.

Bien, tremendas mentiras había escrito, pero tenía que ponerle fin a esa relación, ya que no era tan poco intuitivo como para no darse cuenta de que estaba afectando su propia interacción con Emma. Inició bruscamente y al punto porque ni siquiera tenía idea de si su novia le había hablado de él a su amigo de México.

Mateo siempre había sido autosuficiente y seguro de sí mismo, pero esa situación le había abierto los ojos respecto a dos cosas: tal vez Emma no estaba tan entregada a él o tan enamorada como él había creído, y él lo estaba mucho más de lo que sospechaba.

## CAPÍTULO 15

—Papá, por favor, tienes que dejarme vivir contigo, mi mamá está insoportable, no hace más que hablar de Damián, y cuando no está hablando de él, es porque está con él. Deberías verlos, dan un espectáculo vergonzoso, besándose y abrazándose, como adolescentes. Ni siquiera me presta atención —Paola empleó una voz chillona y unos ademanes de desagrado para parecer más convincente en su ruego, aunque a Raúl más bien le parecieron cómicos.

Aunque era cierto que su madre estaba pasando por una fase de adolescencia tardía en la que solo parecía importarle su nuevo amor, no es que fuera una madre irresponsable, se encargaba de Paola en la misma medida que siempre lo había hecho, pero parecía encontrarse flotando en una nube particular en la que solo había lugar para la pareja de enamorados.

Raúl la miró entre conmovido y escéptico. Creía conocer bien a Estefanía y sabía que era una madre abnegada. Lo que lo sorprendía y en cierto modo lo irritaba (aunque no lo reconociera ni ante sí mismo) era que estuviera nuevamente enamorada y lo manifestara con el entusiasmo de una jovencita cuando hacía apenas unos meses era todavía una mujer casada.

Aunque, pensándolo bien, en cierto modo la entendía. Si él se hallara en la misma situación, seguramente también se comportaría como un adolescente... Bien, no como un adolescente, pero estaba seguro de que sí se sentiría renovado y con ganas de compartir con el mundo su emoción.

Tal vez si se atreviera a admitirse a sí mismo que Emma había logrado calar muy hondo en su corazón...

Trató de volver al tema que preocupaba a su hija.

—Hablaré con tu madre al respecto, pero no te aseguro nada, hija. Estoy seguro de que pondrá miles de excusas para no dejarte venir a vivir conmigo, y no porque quiera hacernos la vida imposible a ti o a mí.

—Pero, papá, es que...

—Paola, te estoy diciendo que voy a hablar con ella, y haré lo que pueda. A mí me encantaría tenerte conmigo, pero tienes que entenderla, hija, a

ninguna madre le gusta la idea de separarse de sus hijos.

—¡Pero podrá verme siempre que quiera!

Raúl suspiró.

—Sí, podrá hacerlo, pero no será lo mismo para ella.

Paola hizo un puchero.

—Tal vez pueda convencerla de que te deje vivir conmigo por un tiempo, unos meses quizá.

Paola dio vueltas en la silla ejecutiva de su padre. Sentía que él solo estaba siendo diplomático, pero eso era mejor que nada.

—Está bien —aceptó de mala gana.

Fueron a comer a casa de don Armando, donde estuvieron buena parte de la tarde y, luego de dejar a Paola en casa de su madre, él volvió a su oficina.

Se enfocó de lleno en las modificaciones que había planeado en los últimos dos días para el proyecto del complejo residencial; cuando se volvió a mirar el reloj en la pared ya eran casi las nueve de la noche.

Hilario se había despedido de él hacía alrededor de hora y media, pero el tiempo se le había pasado volando porque ese proyecto realmente le entusiasmaba. Su amigo y jefe le había dado toda la libertad creativa que deseaba y necesitaba.

Dejó el estilógrafo en la base del restirador y, tras echar un último vistazo a los planos, sonrió satisfecho y se dispuso a marcharse.

Iba a apagar el ordenador cuando vio un nuevo correo electrónico de Emma.

Querido Raúl:

Gracias por ofrecerte a venir hasta acá. Tal vez fui muy dramática, lo que pasa es que diciembre es un mes de nostalgia y tristeza para mí, por las razones que ya conoces.

Me alegra que a ti te haya ido mejor. Debe ser maravilloso tener a tu hija, y supongo que el hecho de estar con tu familia mitiga un poco la tristeza que puedas sentir por tu divorcio. Imagino que es un tanto difícil adaptarse a una nueva situación como esa. Ahora veo que en verdad ha sido un año de grandes cambios para ti. Siento mucho lo de tu madre. En este aspecto debes entender mi dolor. Aunque tú tienes a tu familia; yo tengo la sensación de ser una hoja que se desprendió del árbol por la fuerza del viento, en pleno verano, y ahora me encuentro volando sin rumbo, a merced del viento, sin pertenecer a nada ni a nadie.

En los primeros días de enero nos confirmarán lo de la gira por Europa, pero aunque todavía no es un hecho, hemos tenido muchos ensayos. Paul, el director de la Sinfónica, es muy exigente y perfeccionista. He aprendido muchísimo bajo su tutela.

Como te dije en mi correo anterior, estoy pensando muy seriamente ir a México después de la gira por Europa, si se concreta. Y por supuesto que haré todo lo posible por vernos.

Debo dejarte, estoy en una cena con unos colegas y me están llamando, pero te escribiré tan pronto pueda para desearte feliz año nuevo.

Raúl se quedó pensativo mirando la pantalla. La situación de Emma verdaderamente lo conmovía; se hallaba lejos, sin su familia, su madre, muerta...

Por momentos imaginaba que iba a verla en un viaje relámpago, y la abrazaba y le brindaba el consuelo que él sí había tenido la fortuna de tener en sus dolorosos trances. Emma, en cambio, estaba sola.

Sopesó la posibilidad de ir a verla, pero comprendió que en esos momentos era materialmente imposible, por diversas razones: su nuevo trabajo, el fin de año en que las aerolíneas ya no tienen boletos disponibles a ningún destino, la inminente gira de Emma por Europa...

En ese momento, a pesar de lo mucho que le gustaba escribirle a Emma, se dio cuenta de que necesitaba tiempo para pensar en una respuesta que pudiera darle un poco de consuelo, más allá de las frivolidades y clichés que suelen decirse en esos casos.

Iba a apagar el ordenador, cuando recordó que un proveedor de materiales para acabados había quedado en enviarle unas cotizaciones y los detalles de ciertos materiales que había solicitado, pero no lo había recibido, a pesar de que existía el compromiso de que se lo mandara ese mismo día.

Pensó que el correo tal vez se hubiera dirigido a la bandeja de no deseados por ser una dirección que él no tenía registrada en sus contactos, y decidió echar un vistazo.

Efectivamente, ahí estaba el correo del proveedor. Decidió imprimirlo para verlo con tranquilidad en su departamento, y cuando lo cerró, vio otro correo que le llamó la atención por el asunto: Emma.

No reconoció la dirección electrónica, pero lo abrió de inmediato. La lectura lo dejó estupefacto.

Lo leyó de nuevo, con más detenimiento

A la sorpresa inicial siguieron la indignación y la ira. Así que a ese mequetrefe no le gustaba el tono en que había estado escribiéndole a Emma. Repasó mentalmente las cartas y los correos electrónicos, y no pudo dar con ninguna frase, idea o alusión que pudiera interpretarse como un cortejo, coqueteo o falta de respeto hacia ella. En todo caso, siempre se habían dirigido el uno al otro como amigos.

¿Cómo se atrevía ese imbécil a prohibirle que siguiera teniendo correspondencia con Emma? Y ahora que lo pensaba, ¿por qué Emma nunca había mencionado a Mateo? No recordaba la más mínima alusión por parte de ella en el sentido de que tuviera pareja o que viviera con alguien. En cambio, siempre parecía expresar una desagradable sensación de soledad.

¿Estaría mintiendo Mateo?

El tipo le decía que ella estaba de acuerdo con él en que dejara de escribirle. Vio la fecha de envío del correo de Mateo: era del día anterior. Ella le había escrito ese mismo día, hacía unas dos horas, y no parecía tener siquiera una idea de que su «noviecito» se había tomado la libertad de tratar de intimidarlo.

Se sintió extremadamente molesto. Ni siquiera cuando era un jovencuelo se había visto en una situación como esa. Además, si Emma tenía pareja, ¿por qué no se lo había dicho nunca? ¿Qué razones podría tener para ocultarle un hecho tan significativo? ¿Y por qué le molestaba tanto que ella pudiera tener una relación romántica con otra persona?

Volvió a leer el último correo de ella y luego releyó el de Mateo. Se sentía muy confundido. «Me encuentro volando sin rumbo, a merced del viento, sin pertenecer a nada ni a nadie», esa frase llamaba particularmente su atención, pues si ella en realidad vivía con alguien, demostraba que no sentía apego alguno por esa persona... o estaba engañando a uno de los dos.

Esperó a llegar a su departamento para dar una segunda lectura a las cartas de Emma. En ninguna dejaba ver la más mínima pista de que tuviera pareja. No quería pensar que se lo había ocultado deliberadamente. En su correo anterior le decía que tenía algunas situaciones que resolver, y cabía la posibilidad de que estuviera refiriéndose a Mateo. Quizá no se sentía cómoda con él, tal vez su relación era muy complicada y había llegado a un punto crítico...

Estaba especulando, y eso era algo que detestaba.

Decidió calmarse, irse a la cama y tratar de descansar. Pensaría con calma en ese asunto cuando tuviera más tiempo y la cabeza más fría.

Al día siguiente se quedó a comer en la oficina para no perder tiempo, y al terminar, se dedicó a buscar información sobre Emma.

Sabía que se había hecho el propósito de no buscarla en internet, pero tenía que averiguar sobre Mateo.

No tuvo problemas para encontrar varias páginas en las que se hacía mención a la joven violinista mexicana, radicada en Argentina desde hacía siete años tras ser becada por la Escuela Nacional de Bellas Artes de ese país. Había realizado diversas giras por América del Sur con la Sinfónica de Buenos Aires, y había ofrecido otros tantos recitales como solista.

Había varias fotos de ella, todas más o menos recientes; era una joven de estatura mediana, y complexión muy menuda; tenía grandes ojos oscuros, piel blanca, y cabello negro y largo recogido en una coleta. Ofrecía una visión muy bella; su sonrisa era particularmente encantadora, franca y jovial.

En los videos que le había enviado, se había concentrado en sus ejecuciones, pero ahora podía observarla con mayor detenimiento. Tuvo que admitir que le gustó mucho.

Había menciones muy breves y vagas sobre su familia en México, y solo en una se referían a su novio Mateo Leone, reconocido jazzista.

Buscó luego a Mateo Leone y también encontró rápidamente lo que buscaba, ya que participaba de forma activa en diversos festivales de jazz. El tipo parecía un mozuelo desaliñado y tenía una expresión de suficiencia que le desagradó de inmediato. No podía imaginarlo con Emma, simplemente no parecían tener nada en común.

Se respaldó en su silla, pensando qué hacer. Le hubiera gustado explicarle toda la situación a Eloísa y pedirle consejo, pero en cierta medida, y sin saber muy bien por qué, el asunto lo molestaba y avergonzaba a partes iguales.

Se sentía disgustado con Emma por no haberle mencionado nunca a Mateo, por no hablarle abiertamente de su situación sentimental con él; y también se sentía enfadado consigo mismo por dejar que esa situación lo molestara.

Si lo pensaba fríamente, solo tendría que responderle a Mateo para aclararle que, aunque apreciaba mucho a Emma, su relación se limitaba a la amistad, pero sabía que, en el fondo, eso no era del todo cierto. Había llegado a apreciar mucho los comentarios, las confidencias de ella, pero había algo tan personal, tan íntimo en ellos, que para él significaban mucho más que eso.

Buscó el perfil de Facebook de ella. Casi todo en su muro era referente a la música, a la Sinfónica y a festivales culturales y conciertos.

Había muchas fotos de ella, con la orquesta y sola, algunas con amigas, y solo unas cuantas, muy pocas, con Mateo.

Se quedó mirando la pantalla por varios segundos, y luego, sin pensarlo, cerró el explorador.

«Eso me pasa por entablar una relación a distancia», se dijo, molesto. «Amor de lejos...» y ese último pensamiento lo sacó aún más de sus casillas.

## CAPÍTULO 16

Emma volvió a mirar la pantalla de su laptop sin poder ocultar su ansiedad. Tenía solo dos correos electrónicos nuevos, y ninguno era de Raúl.

Se preguntó por qué se había demorado tanto para responderle. Faltaba solo un día para la velada de Año Nuevo, y ella estaba segura de que él le respondería de inmediato su último correo, como siempre lo hacía.

Tal vez tenía mucho trabajo, tal vez tenía demasiados compromisos familiares. No podía imaginarse una razón concreta por la cual no le hubiera contestado aún, y tenía que admitir que la ansiedad y la incertidumbre la estaban volviendo loca.

Miró nuevamente la laptop y decidió que no esperaría a que Raúl le respondiera.

Querido Raúl:

Estamos muy cerca de la velada de Año Nuevo. Espero, y me propongo, tener el tiempo para enviarte una felicitación, aunque por desfase de horario te llegará un poco antes, pero no por ello será menos sentida.

Supongo que lo pasarás con tu familia. Recuerdo las celebraciones en familia, y no puedo negar que las extraño mucho, como tampoco puedo negar lo mucho que me gustaría estar en México y poder estar con mi padre, con mis tíos y con mis primos, y celebrar en grande de la manera única y especial que sabemos hacerlo en México. Pero una vez más tendré que quedarme con las ganas.

En fin, solo quería escribirte. Tenemos unos días libres por el fin de año. Todavía no sé si saldré o me quedaré en casa para la celebración. Creo que mañana te lo diré.

Por adelantado te mando un abrazo, y mis mejores deseos.

Emma

Raúl sintió un pinchazo al leer ese último correo. No podía, no quería



pensar que fuera tan frívola, ella no podía estar jugando con él, pero no entendía por qué no le había hablado de su novio, por qué incluso ahora no lo hacía, con una celebración tan importante en puerta que seguramente pasarían juntos. Ahí estaba, como siempre, la alusión a su soledad, a la nostalgia y a la tristeza.

Aún no decidía qué hacer.

Al dejar la oficina, por la noche, decidió pedirle consejo a Eloísa; ella siempre había sido muy intuitiva y muy sabia, así que se dirigió a su casa.

Le pidió que hablaran en privado y le expuso toda la situación, sin dejarle ver a su hermana que sus sentimientos respecto a Emma podrían ser más profundos de lo que expresaba. De cualquier manera, Eloísa no necesitaría que fuera tan claro en ese sentido, porque lo adivinaría por sí misma.

Eloísa se quedó pensativa unos instantes cuando él terminó de hablar.

—Yo creo —empezó a decir despacio— que lo primero que debes hacer es escribirle a ese tal Mateo, y aclararle que tú y Emma solo son amigos, y que en ningún momento han tenido un intercambio de tipo romántico. Simplemente, la distancia les complicaría mucho la vida si tuvieran otras intenciones.

Raúl estuvo de acuerdo.

—¿Y a ella? ¿Qué le digo a Emma?

—Dile la verdad. Que su novio te escribió para exigirte que dejes de escribirle a ella. Finalmente, la decisión es de ella. Tú puedes seguir escribiéndole, y ella puede decidir contestarte o no. Ella no está haciendo nada malo, por lo que me dices nunca te ha hecho ninguna insinuación. El que no te haya hablado de su novio me parece algo muy significativo, pero de igual forma puede ser que simplemente no se dio la ocasión de que lo hiciera.

Raúl estuvo de acuerdo con casi todo lo que dijo su hermana, excepto lo último: Emma siempre hacía referencia a su tristeza y a su nostalgia, bien habría podido mencionar que al menos tenía la compañía de su novio, que de alguna manera le serviría de consuelo. Pero jamás había hecho el más mínimo comentario que pudiera sugerir que tenía pareja.

—Creo que tienes razón. Es decisión de ella si quiere seguir en contacto conmigo o no.

Raúl cambió de tema y empezó a hablar de la celebración de Año Nuevo para dar a entender a Eloísa que el asunto que lo había llevado hasta ahí no tenía mayor importancia, pero su hermana sabía que sí la tenía, o él no habría ido a su casa a esas horas solo para pedirle un consejo.

\*\*\*\*

«Emma:» ¡Oh, oh! Algo andaba mal, Raúl había pasado de «Querida Emma» a solo «Emma». Además, había demorado dos días en responderle tras su penúltimo correo.

Te agradezco mucho tus buenos deseos para año nuevo. Como supones, lo pasaré con mi familia, y mi hija estará conmigo, lo cual me hace muy feliz.

Debo decirte que recibí un correo de parte de un joven que dice ser tu novio, Mateo, en el cual me exige que deje de escribirte. Te adjunto el texto íntegro para que lo juzgues por ti misma.

Aunque me encanta recibir tus cartas y correos, dejo a tu consideración el continuar escribiéndonos, ya que no quiero causarte ningún problema con tu pareja.

Aprovecho para manifestarte mis mejores deseos para el año que está por comenzar.

Atentamente.

Raúl

Ahora fue ella quien se sintió llena de indignación. Aquello se parecía mucho a un memorándum, y tenía mucho de despedida, fría e impersonal.

Marco se había atrevido a escribirle a Raúl exigiéndole que «la dejara en paz». ¡Ella no necesitaba que Raúl la dejara en paz! ¡Cómo se había atrevido a violar su intimidad de esa manera! Ella no estaba haciendo nada malo, su relación con Raúl era quizá la más sana, la más sencilla que había tenido en su vida, y ahora Mateo la ensuciaba con sus insinuaciones frívolas y erradas.

Raúl había sido un perfecto caballero a lo largo de su correspondencia, de hecho, ella hubiera deseado que fuera menos correcto, pero tenía que admitir que le encantaba su manera tan respetuosa de dirigirse a ella. No había nada en sus cartas o en sus correos que fuera reprochable.

Le dolió, sobre todo, la frialdad con que le hablaba en ese último correo, aunque le dejaba a ella la decisión de continuar con su intercambio.

En ese momento no podía responderle, estaba demasiado enojada con Mateo y avergonzada y resentida con Raúl como para poder escribir una respuesta coherente.

Sintió unas incontrollables ganas de llorar. Recordó su acertada frase en una carta a Raúl: «la nostalgia me está matando». Ahora no era solo la añoranza, se hallaba en un torbellino de emociones que no sabía cómo

enfrentar.

No había tenido el tiempo suficiente para sentarse a meditar sobre su relación con Mateo y el futuro que pudiera tener con él, pero en ese momento solo podía pensar en sus defectos: lo veía como un ególatra individualista que presumía de su visión hippie de la vida, pero que no se entregaba a nada ni a nadie, ni siquiera a su música. Aparentaba ser muy apasionado, pero en realidad era una fachada, ahora lo veía.

Lo único que no entendía era por qué había hecho algo tan vil como escribirle a Raúl en ese tono. «No puede estar celoso», pensaba, convencida de que el afecto de Mateo por ella no llegaba a ese grado. Tal vez veía amenazado su estatus de macho alfa, y ese pensamiento le causó aún más desazón. ¡Qué patético sería eso!

Volvió sus pensamientos a Raúl. Su último correo era tan distante. Pero ella podía intuir vagamente que estaba dolido; ella misma había sembrado la duda al no hablarle nunca de su relación con Mateo, y lo había expuesto a la humillación de que aquel le prohibiera, como a un adolescente, tener contacto con ella.

Toda la situación le parecía ridícula, pero tenía que admitir que la culpa había sido suya por no ser clara con ninguno de los dos.

Se llevó las manos al rostro, avergonzada, dolida y confundida.

Miró alrededor; por un instante vio con otros ojos el departamento, como si fuera la primera vez que lo veía. Se suponía que ese era su hogar, pero ahora entendía que ella no lo sentía de ese modo.

Mateo ya vivía ahí cuando la invitó a mudarse con él; era un lugar amplio y agradable, y ella lo había convertido en algo muy parecido a un verdadero hogar, acogedor, confortable y limpio, pero faltaba algo, siempre había faltado algo.

Una idea le pasó por la mente, y se quedó paralizada. Debía aclarar su situación con Mateo.

Se quedó sentada en el sofá durante horas, mirando a la nada, esperándolo.

Por fin escuchó el ruido de la llave dando vuelta a los seguros de la puerta. Lo escuchó entrar sigilosamente y lo sintió quedarse parado a medio camino al percatarse, a pesar de la penumbra, de que ella estaba en el sofá.

—Pero ¿es que aún estás despierta? Si ya es muy tarde.

Ella se puso de pie.

—Tenemos que hablar —dijo suavemente.

No había ira o resentimiento en su voz, pero él sabía muy bien de qué

quería hablarle. Así que su amiguito ya le había hablado sobre su correo.

—Tú dirás —dijo él con cautela.

Emma lanzó un profundo suspiro mientras le dedicaba una mirada en la que él pudo identificar la decepción.

—Mateo, yo creo que esto no está funcionando.

—¿Qué es lo que no está funcionando? —la interrumpió él, molesto.

—Esto —Emma hizo un ademán con ambas manos—, nosotros, esta relación.

—Esta relación, así que nuestra relación no está funcionando, según tú. Me imagino que tu relación platónica con tu amiguito de México sí debe estar funcionando muy bien, ¿verdad?

Emma volvió a suspirar e hizo una mueca de fastidio. Sabía que Mateo adoptaría esa actitud.

—Mi relación con Raúl no es platónica, en primer lugar, es una simple relación de amistad que tú te dedicaste a ensuciar con tus ideas equivocadas. ¿Acaso piensas que te estoy siendo infiel con un hombre que está a miles de kilómetros?

Mateo dio un paso hacia ella y la fulminó con la mirada.

—Hay muchas maneras de ser infiel, y tú lo sabes.

Ella se sintió herida.

—Pues yo no lo he sido, de ninguna manera.

—¿Entonces qué es lo que está pasando? ¿Por qué de repente me dices que esto no está funcionando, cuando tenemos dos años viviendo juntos y no habíamos tenido ningún problema? ¿Quieres explicármelo? Porque me parece mucha coincidencia que tan solo empezaste a escribirte con ese tipo, y ahora me sales con esto.

Emma respiró hondo. Tenía que calmarse, a pesar de lo indignada que se sentía por las ridículas acusaciones de Mateo.

—Mira, Mateo, tal vez las cartas de Raúl me hicieron ver las cosas de forma distinta — Mateo pretendía interrumpirla en ese punto, y ella levantó la mano y la voz para impedirlo—, pero si tú y yo estuviéramos bien, si nuestra relación fuera sólida, si realmente nos amáramos como una pareja debe amarse, no habríamos llegado a esto. Yo no estaría preguntándome por qué me siento tan vacía, tan incompleta, tan desatendida.

—Así que yo te desatiendo. ¿Qué es lo que quieres? Dímelo. ¿Quieres que te lleve a cenar todas las noches, que te traiga flores y chocolates? Dime qué es lo que quieres que haga.

Mateo estaba herido y molesto, y en ese estado era difícil que pudiera entender los puntos de vista de Emma.

—No, Mateo, no se trata de eso. Podrías hacerlo, claro, y sería lindo, pero sería tan sencillo como que me prestaras atención, que me escucharas, que te preocuparas por mí. Que yo te importara tanto o más que tu música o tu imagen o tu fama.

—Así que soy un insensible egoísta —dijo él con sarcasmo.

Emma no respondió, solo se lo quedó mirándolo a los ojos.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto? ¿Me darás otra oportunidad? ¿Me darás tiempo para intentar cambiar?

Emma no supo si el sarcasmo o la duda predominaban en las últimas palabras de Mateo. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Las emociones con que había estado lidiando en los últimos meses, dejándolas salir a cuentagotas, conteniéndolas, amenazaban con fluir, al fin, sin control.

—No lo sé, no lo sé, Mateo —alcanzó a decir, llorando ya a lágrima viva.

Mateo no supo qué decir. Aquello le dolía más de lo que quería admitir. Quería a Emma; él mismo admitía ser un ególatra, pero en verdad le gustaba compartir su vida con ella.

Se quedó plantado ahí donde estaba, mirándola, con los brazos a los costados, derrotado.

Cuando, muchos minutos después, Emma logró controlar el llanto, pudo decirle:

—Creo que lo mejor será que nos demos un tiempo, así los dos podremos pensar mejor. Me iré en la mañana.

—¿A dónde irás? —la voz de Mateo sonaba ronca por la emoción que trataba de contener.

—Le pediré asilo a Carmela, y luego veré si puedo conseguir un departamento.

—No tienes que irte si no quieres —trató él de conciliar.

—Tú sabes que sí.

Se dirigió a la habitación con paso lento. Mateo se quedó mirándola hasta que desapareció tras la puerta y no se movió durante un buen rato.

Se acostó en el sofá, pero no pudo dormir.

## CAPÍTULO 17

—¡Feliz Año Nuevo! —gritaron todos al unísono en casa de don Armando al sonar las doce campanadas en el gran reloj de la sala.

Ruido de copas que chocaban, felicitaciones y buenos deseos llenaron el ambiente durante varios minutos.

Raúl estrechó a su hija durante un largo instante mientras en su fuero interno le deseaba todas las bendiciones del mundo en el año que acababa de iniciar.

Poco después, se formaron grupos y las conversaciones se hicieron más dispersas, mientras la música de fondo llenaba el aire con notas alegres.

—Esta hubiera sido una velada perfecta si mi madre estuviera con nosotros todavía —la voz de Eloísa estaba cargada de nostalgia.

—Lo hubiera sido —convino Eduardo con voz pausada y triste, y luego dio un sorbo a su copa de vino espumoso, donde ocultó el temblor de su voz.

Raúl no pudo decir nada; era el menor, y de alguna manera había sido el consentido de su madre. La extrañaba muchísimo: su alegría, su don de gentes, su intuición sobrenatural para percibir cuando sus hijos tenían problemas. En estos momentos extrañaba, sobre todo, su entusiasmo: era una especialista en hacer de las fiestas decembrinas todo un acontecimiento.

Don Armando se les acercó en ese momento.

—Vamos, muchachos, esto es una fiesta, hay que celebrar —no sonaba muy convencido, pero se esforzaba.

Al principio ni siquiera quería celebrar la Navidad o el Año Nuevo, aún estaba demasiado triste por la muerte de su esposa, pero sus hijos, sobre todo, Eloísa, lo convencieron de hacerlo, en memoria de su madre:

—Ella no hubiera querido que estuvieras triste, papá —le dijo su hija.

Tan solo por hacerlo como un homenaje a su amada Patricia, aceptó.

Poco después, Eduardo y su padre dejaron solos a Eloísa y a Raúl, quien observaba a Paola charlar alegremente con sus primos. De pronto se sintió viejo. No hacía mucho tiempo que él y sus hermanos convivían del mismo

modo con sus primos, y ahora todo era trabajo, responsabilidades, conflictos.

—¿Cómo te ha ido con el asunto de tu amiga Emma?

Raúl miró su copa de vino espumoso.

—Le hice saber que su novio me había escrito. No he recibido respuesta.

—¿Sabes? No creo que ella lo haya hecho de mala fe. Después de todo, ¿qué pensaba que ganaría con ello?

—Yo tampoco creo que lo haya hecho de mala fe, pero debió haberlo mencionado.

—¿Crees que te conteste? —cuestionó Eloísa con cautela.

Raúl dio un lento sorbo a su copa.

—Si la conozco como creo, sí, lo hará.

\*\*\*\*

A pesar de todo, aquella no había sido la velada de Año Nuevo más triste que Emma hubiera pasado.

Declinó la invitación de Carmela para ir a la casa de sus abuelos en Córdoba, donde se haría una tremenda fiesta, y se quedó en casa de los padres de su amiga en Buenos Aires, sola.

Cenó un poco de yogur con cereal y se fue a acostar temprano. Estaba exhausta, las emociones de las últimas semanas la habían agotado.

No quiso recordar su primer fin de año en Argentina; estaba completamente sola y su padre se negaba a hablar con ella.

Por la mañana, al despertar, la sorprendió el silencio que reinaba en la ciudad. Eran las nueve de la mañana y, al parecer, todo el mundo estaba durmiendo. Hacía mucho tiempo que no experimentaba tal tranquilidad. Luego recordó que había dejado a Mateo, que tenía que buscar un lugar donde vivir y que debía escribir a Raúl, pero, ¿qué le diría?

Se preparó un desayuno opulento, digno del inicio del año. Ya pensaría en lo que le diría. Y tenía que ser rápido, no quería que su demora fuera tomada por Raúl como una prueba de su presunta deshonestidad.

Cuando terminó su desayuno se dirigió a la habitación de Carmela, donde había dormido, y tomó su laptop.

El cursor parpadeaba en la pantalla en blanco y ella no se decidía a empezar a teclear. Estaba nerviosa. Leyó los correos previos de Raúl. Finalmente aspiró profundo y empezó a escribir.

Estimado Raúl:

No puedo decirte lo apenada que estoy por la forma en que Mateo te escribió, pero estoy mucho más avergonzada porque pudieras llegar a pensar que no te hablé de él deliberadamente. No podría haber tenido ninguna intención oculta al no hacerlo, fue simplemente que no se dio la ocasión.

Lo cierto es que, aunque reconozco que debí hablarte de él antes, el hecho de que no lo hiciera es una prueba de que mi relación con él no estaba funcionando en absoluto. Tengo que reconocer que sin su compañía, todo este tiempo habría sido mucho más difícil para mí estar tan lejos de mi casa y de mi familia, pero también es cierto que su compañía no me bastaba para llenar mis vacíos. No es su culpa, no es culpa de nadie. Tal vez para él, o para cualquiera, fuera una tarea demasiado ardua el tratar de compensar las ausencias y pérdidas en mi vida.

Como sea, te pido una disculpa por el mal rato que Mateo te hizo pasar y, sobre todo, por no haber sido abierta contigo en ese sentido, pero no te estaba mintiendo, y no te lo oculté intencionalmente. Creo que, de forma inconsciente, lo omití porque él no era tan importante para mí como yo creía, aunque eso suene muy cruel.

De hecho, anoche lo dejé, ya no vivo con Mateo. No podía seguir así. Él, de algún modo, me ha ayudado a soportar mi soledad, pero debo ser sincera: ya no era feliz con él.

Me estoy quedando con una amiga y en estos días buscaré un departamento para mí, aunque, si me voy de gira, tal vez tenga que posponer eso para mi regreso.

Si tú lo deseas, me encantaría que siguiéramos escribiéndonos, y espero de corazón que esto no merme la confianza que se había establecido entre nosotros.

Espero que hayas pasado una hermosa velada de Año Nuevo, y que este año sea mucho mejor que el que se fue.

Cariñosamente.

Emma

Raúl tuvo que reconocer que sintió mariposas en el estómago cuando vio que tenía un correo de Emma. Sonrió sin poder evitarlo mientras avanzaba en su lectura.

No es que se alegrara de que Emma hubiera dejado a Mateo (bueno, eso no



era del todo cierto), pero le daba gusto que ella se hubiera sincerado con ambos. Además, aquella acción le devolvía la confianza en ella, que había vacilado por momentos.

Era muy temprano aún, Paola no se había levantado, después de haberse desvelado bailando y cantando con sus primos.

Abrió Facebook y buscó nuevamente a Emma, sentía la necesidad de verla. Admiró con detenimiento cada una de las fotografías en las aparecía. Le pareció más bonita que la primera vez: su rostro era dulce, de rasgos finos. Por un momento le pareció sorprendente que esa chica de belleza clásica y apariencia frágil pudiera tocar el violín con tanta pasión.

Amplió una de las imágenes para verla mejor, y Emma parecía mirarlo directo a los ojos. Se sorprendió al imaginar cómo sería tenerla en sus brazos y besar esos labios tiernos y rosados, y de inmediato puso freno a sus pensamientos. Su relación con Emma no era tan superficial como para confundirla con un volátil amor a distancia. Podía desearla pero, ante todo, se dijo, eran amigos.

En honor a esa verdad, decidió responderle en ese mismo momento.

Querida Emma:

No sé qué decirte. Aunque supongo que no soy el responsable de que hayas dejado a tu novio, no puedo dejar de pensar que nuestra correspondencia precipitó su rompimiento, y eso me hace sentir un tanto culpable.

Pero, para ser sincero, yo intuía que además de tu añoranza por tu madre, tu familia y México, había algo que te estaba haciendo sentir triste; ahora entiendo que era tu relación con este joven, a quien no conozco y no puedo juzgar a pesar de su insolente correo. No negaré que me molestó que no me hablaras de él, pero tus razones son válidas y las entiendo.

Imagino que en estos momentos te sientes mal, pero confío en que tomaste una decisión acertada para tu bienestar emocional.

Por supuesto, espero que sigamos en contacto, estoy aquí para cuando me necesites.

Feliz Año Nuevo. Tu amigo: Raúl

¡Sí! Breve y concreto, pero le había respondido, con la misma dulzura y sinceridad de siempre. Emma sintió un tremendo alivio al leer ese último correo.

Carmela la había llamado para decirle que ella, sus hermanos y sus padres se quedarían en Córdoba todavía esa noche, y regresarían hasta el siguiente día a Buenos Aires.

Emma decidió salir a comer a un restaurante. La ciudad ofrecía una visión extraña: casi no había gente por las calles y eran pocos los vehículos que circulaban.

Se dio cuenta de que se sentía más ligera que en los días previos y comió tranquilamente en un pequeño restaurante del centro, donde ordenó una ensalada y milanesa.

«¿Qué estará haciendo Raúl en este momento?», se preguntó.

Pensó en su padre. ¿Qué haría su padre si lo llamaba en ese momento? No habían tenido contacto desde hacía mucho tiempo y, aunque ella seguía guardándole rencor por haberle negado hablar con su madre mientras la enfermedad la consumía, sabía que algún tendrían que enfrentarse. Tal vez el momento había llegado, ella necesitaba reconciliarse con su pasado y con su familia.

Decidió enviarle un mensaje privado por Facebook. Se había propuesto ser breve, pero le bastó empezar para no poder parar, ¡había tantas cosas que quería decirle! Le sorprendió la facilidad con que fluían las palabras, salían en torrentes, como si siempre hubieran estado ahí, pugnando a presión por salir.

Fue un mensaje bastante largo, y cualquiera hubiera pensado que no había quedado nada por decir, pero, a pesar de ello, sentía la apremiante necesidad de decirle todo eso en persona. Le pedía perdón por haber sido imprudente e impulsiva, por haberse dejado llevar por sus aspiraciones y sus sueños de una forma que podía considerarse irresponsable, por haber pasado por encima de su autoridad paterna y haberle causado preocupaciones. Ahora comprendía muchas cosas que, en su momento, no había podido ver por su juventud e inexperiencia.

«Papá, necesito que sepas que te quiero, siempre serás mi padre, y espero que algún día puedas perdonarme», terminaba.

Estaba nerviosa, a pesar de que no estaría ahí para ver la reacción de su padre, sentía una desmesurada aprensión. ¿Cómo reaccionaría?

Tenía que calmar sus nervios y decidió escribirle a Raúl para contarle acerca del mensaje a su padre.

La tarde se había ido muy rápido. Se sorprendió al darse cuenta de que apenas había pensado en Mateo unas pocas veces a lo largo del día.

## CAPÍTULO 18

—Qué envidia poder ir a Europa, aunque sea por cuestiones de trabajo — exclamó Eloísa cuando Raúl le comentó que se había confirmado la gira de Emma y que iniciaría después del día 20 de enero.

—Yo tenía planes de ir el año pasado, pero estoy pensando posponerlo para las próximas vacaciones, o quizá para los 15 años de Paola.

—Yo creo que no deberías aplazarlo tanto, hazlo este año, uno nunca sabe lo que puede pasar —opinó Eduardo.

Raúl y Eloísa lo miraron con extrañeza, pues esa especie de pesimismo no era usual en él.

—Pues yo estoy de acuerdo con Eduardo, hijo —intervino don Armando—. Tu madre y yo tuvimos la fortuna de irnos de vacaciones muchas veces, conocimos Europa, América del Sur, India y Egipto, y eso me da mucha tranquilidad, porque no nos quedamos con las ganas, lo disfrutamos mucho. Si puedes hacerlo este mismo año, hazlo.

Raúl se quedó pensativo. No le había comentado a su familia que acariciaba la idea de viajar a Argentina para conocer a Emma en persona, pero la gira de ella lo había obligado a retrasar ese plan. Además, cabía la posibilidad de que ella viajara antes a México, y le había prometido que entonces se verían en persona.

—Lo consideraré muy seriamente —acotó.

Ese fin de semana tendría a Paola con él. Estefanía la llevó puntual el viernes a las cinco de la tarde.

La chica entró al departamento de su padre para instalarse en su habitación y cambiarse, pues ella y Raúl saldrían al cine y a cenar.

Estefanía se quedó unos segundos parada en la puerta, mientras Raúl, incómodo, no sabía si preguntarle si deseaba pasar o despedirla sin más.

—Y ¿cómo has estado? —le preguntó ella, por fin.

Raúl se relajó.

—Estoy muy bien, gracias —respondió con seguridad.

—Me alegro por ti. No puedo negar que me sentía un tanto culpable, Eloísa me dejó ver, no muy sutilmente, que estabas muy deprimido por lo del divorcio.

Raúl sonrió, apenado. «Eloísa, Eloísa», pensó en la posible reprimenda que le daría a su querida y entrometida hermana.

—No tienes de qué preocuparte, ya lo he superado, aunque no niego que estuve deprimido.

—Yo también estuve deprimida durante mucho tiempo, antes de decidirme a pedirte el divorcio, y después —confesó Estefanía.

—¿Ah, sí? —Raúl parecía sorprendido.

Ella asintió en silencio.

—Tú y yo ya no hablábamos de nada, excepto de los problemas, de las cuentas por pagar, de la escuela de Paola. Llegabas a la casa de pésimo humor, quejándote de todo... No te estoy culpando —aclaró rápidamente cuando Raúl hizo ademán de decir algo, y supuso que querría defenderse—. Supongo que los dos fuimos culpables, yo no hice lo suficiente para tratar de remediar la situación. Lo cierto es que un buen día me desperté y me di cuenta de que era muy infeliz, y ya no quería vivir así.

—Dejaste de quererme —afirmó Raúl.

Esa era la conclusión a la que había llegado desde hacía meses, pero que ella, de alguna manera se lo confirmara, era una revelación.

Ella movió la cabeza, sin saber cómo continuar. Era liberador hablar con él sobre eso, después de tantos meses, después de todo, había sido su gran amor de juventud, su esposo, y era el padre de su hija. Y no habían hablado realmente desde que ella le había pedido el divorcio; sus encuentros y desencuentros se habían reducido a discusiones y gritos donde ninguno resultaba ganador.

—No es que haya dejado de quererte. Más bien, pienso que ya no compartíamos nada, excepto las responsabilidades respecto a nuestra hija. He pensado muchas veces que nos precipitamos al casarnos tan jóvenes.

—Supongo que hay mucho de cierto en eso —aceptó él, bajando la mirada — ¿Te va bien con Damián?

Ella sonrió, tímida.

—Sí, nos llevamos muy bien.

—Perdona la pregunta, y no tienes que responder si no quieres, pero ¿ya había algo entre ustedes cuando me pediste el divorcio?

—No —Estefanía fue enfática—. Claro que no. Tal vez ya nos atraíamos,

pero no le coqueteé, y muchos menos te engañé con él. No me sentiría tan tranquila si lo hubiera hecho.

Se quedaron unos segundos mirándose a los ojos. A pesar de todo, Raúl tuvo que reconocer que esa conversación le había dejado un buen sabor de boca. No es que ya no amara a Estefanía o que ella hubiera dejado de significar algo en su vida: ella siempre sería su gran amor, la mujer con la que había decidido formar una familia, y siempre la admiraría y respetaría. Pero se sentía tan bien saber que podían llegar a entenderse así, mantener cierto nivel de confianza, cierta complicidad, sobre todo, por su hija.

—Bien, tengo que irme. Diviértanse mucho. Los veré el domingo. —Y se marchó, deslumbrante, en un vestido rojo que Raúl nunca le había visto, y que le sentaba muy bien.

\*\*\*\*\*

Querida Emma:

Siempre me ha gustado mucho la música clásica, pero desde que me envías los videos de tus presentaciones, creo que me he vuelto un fanático. Es maravillosa. Te agradezco mucho que compartas todo esto conmigo.

No te había comentado que la construcción del complejo residencial lleva un buen avance. En este momento parece todavía un poco caótico, pero cuando empecemos a trabajar en los detalles lucirá espectacular.

Me dio mucho gusto saber que tu padre sigue en contacto contigo, y que su actitud, al parecer, se está suavizando. No lo juzgo, pero no entiendo cómo pudo soportar el estar tanto tiempo sin tener contacto contigo. Yo me moriría si no supiera nada de mi hija, aun cuando supusiera que está bien. Pero tal vez esa fue su manera de protegerse contra el dolor, quizá sintió que te había perdido, ya no eras su pequeña, sino toda una señorita, independiente y audaz, que había decidido dejar el nido. Para los padres es difícil enfrentar eso. Paola apenas tiene 13 años, y me aterra pensar que muy pronto ya ni siquiera querrá salir conmigo y se avergonzará de su viejo padre. En fin, es la ley de la vida.

Debo dejarte porque Hilario está explotando mi talento terriblemente y me tiene trabajando en otros dos nuevos proyectos,

de los cuales te hablaré después. Sigue trabajando duro, y aprovecha cualquier rato libre para conocer los bellos países por los que estás viajando.

Raúl tuvo tanto trabajo durante las semanas siguientes que apenas si tenía tiempo de convivir con su familia; sin embargo, siempre abría un espacio en su agenda para su hija, y para contestar los correos de Emma, que, debido a que ella también estaba muy ocupada, se reducían a unas cuantas líneas donde le contaba brevemente en dónde se encontraba y cómo iban los conciertos.

La gira duraría solo veintiún días, y Raúl ya extrañaba los correos más amplios y llenos de explicaciones de Emma a los que ya estaba acostumbrado. En algunas ocasiones platicaron mediante Facebook, pero era más complicado debido a la diferencia de horario.

Se sentía feliz por ella; era evidente que se había operado en ella un cambio muy positivo; irradiaba alegría, optimismo y entusiasmo, tanto sobre la gira como respecto a su relación con su padre.

Lo cierto es que extrañaba a Emma, tenía que reconocer que en los últimos días se había vuelto más apremiante el deseo de conocerla.

Ella no se encontraba en diferente situación; se había sorprendido muchas veces observando fijamente las fotos de Raúl en Facebook, la mayoría con su hija, y otras en su oficina, con sus hermanos y con su padre, y una que otra con algunos amigos. Incluso se había encontrado pasando los dedos sobre su rostro en la pantalla, y luego los retiraba, abochornada, sonriendo como una colegiala.

No podía negar que cada vez lo encontraba más atractivo, y que sus mensajes y correos eran un rayo de sol en su ajetreada vida.

—¿Qué te pasa, Emma? Te noto pensativa —le cuestionó su amiga y colega, Carmela, una mañana luego de desayunar en un hotel de Barcelona, donde esa noche ofrecerían un concierto.

—No me pasa nada —mintió.

—¿Es por tu papá? No me digas que las cosas no andan bien con él.

—No, qué va. Todo va muy bien con mi papá. De hecho, casi aceptó venir a verme, pero uno de mis tíos enfermó y tuvo que quedarse. Dice que tiene muchísimas ganas de verme. Lo he notado muy cambiado, yo creo que ya me perdonó.

—Es tu padre, tiene que hacerlo. Lo que hiciste no es tan grave.

—Tal vez no, pero para él sí, y las cosas se fueron complicando con la falta

de comunicación.

—Bien, entonces, si todo está bien con tu papá, ¿por qué has estado tan seria? Pareces preocupada.

—No estoy preocupada —Emma vaciló. Miró a su amiga a los ojos—. Carmela, creo que estoy enamorada.

Carmela la miró con extrañeza. Por un instante pasó por su mente que era lógico que siguiera enamorada de Mateo, pero no sabía por qué lo decía como si fuera algo nuevo y diferente.

—Bueno, no creo que tengas de qué preocuparte; estoy segura de que Mateo te aceptará de nuevo si hablas con él.

La expresión de sorpresa de Emma rayó en lo cómico.

—¿Mateo? No estoy hablando de Mateo.

—¿No? Entonces, ¿de quién? —Ahora la sorprendida fue Carmela.

La joven empezó a barajar posibilidades: Emma no salía con ninguno de los miembros de la orquesta, y prácticamente no tenía amigos fuera de ese círculo, a excepción de los amigos de Mateo.

—¿Recuerdas cuando murió mi abuelo, que te platiqué que el hombre que ahora vive en su departamento me devolvió la última carta que le envié?

—Sí, lo recuerdo —Carmela estaba perpleja, no sabía a dónde se dirigía la explicación de su amiga.

—Pues, seguimos escribiéndonos. Al principio lo hacíamos solamente por carta, pero meses después decidimos enviarnos correos electrónicos, y ahora nos escribimos por e-mail y por Facebook.

—¿Estás diciéndome que crees estar enamorada de un hombre que vive a miles de kilómetros de Buenos Aires, al que no conoces personalmente?

Emma se sintió decepcionada de la reacción de su amiga: parecía como si estuviera juzgándola y a punto de decirle que era una reverenda tonta por caer en la trampa del amor a distancia.

—Sí —contestó casi con sequedad.

Carmela se quedó sin palabras por varios, largos segundos.

—Y ¿cómo es él? ¿Qué edad tiene, a qué se dedica?

—Es arquitecto, tiene 35 y es divorciado...

—¡Divorciado! ¡Ay, Emma, por Dios! Ya podrías estar suicidándote. ¿Te dijo que es divorciado? ¿Y tú le creíste?

Emma se crispó por las recriminaciones de su amiga; era por eso, además de su natural reserva, que no se había atrevido a hablarle de su relación con Raúl; además, ella misma había tardado bastante en admitir que sus

sentimientos por él eran más profundos de lo que quería creer.

—Está divorciado, y puedo demostrártelo.

Procedió a encender su portátil, ingresó a su cuenta de Facebook y le mostró a Carmela fotos de Raúl y Paola, compartidas por la misma chica, que en muchas ocasiones comentaba que estaba divirtiéndose con su padre durante su visita semanal.

Carmela los estudió a ambos con detenimiento.

—Bueno, tengo que reconocer que es un hombre muy, pero muy atractivo —dijo, como para sí, admirando su rostro varonil.

Emma sonrió sutilmente.

—Se ve en muy buena forma, además. Pero dime, ¿él te ha dicho algo, te ha hecho algún comentario?

Emma negó con la cabeza.

—No, Carmela, no me ha dicho nada, ha sido todo un caballero —hizo una pausa y agregó, de forma vehemente—: pero creo que tal vez sí siente algo por mí. Deberías ver cómo me escribe; a pesar de la distancia, pareciera conocerme mejor que nadie, y siempre me apoya, y me da consejos y me comprende.

Carmela movió la cabeza de un lado a otro con expresión condescendiente.

—Ay, Emma, me parece que ahora sí te atraparon. Nunca te había escuchado hablar así, ni siquiera de Mateo, y yo creía que estabas bastante enamorada de él.

—Sí estaba enamorada de él, pero era algo así como una admiración exagerada. Al principio me gustaba mucho su actitud desenfadada y autosuficiente, pero el hecho de que, al parecer, no necesite a nadie más en la vida, ni siquiera a mí, me desengañó por completo. Con Raúl es tan diferente...

—¡Mírate nada más! Y, ¿qué vas hacer?

—Pienso ir a México tan pronto termine la gira. Quiero ver a mi papá y a mi familia, pero le prometí a Raúl que entonces nos conoceremos personalmente.

—¡Ay, qué emocionante! Siento como si fueras la protagonista de una de esas películas de amor que tanto nos gustan.

Ambas rieron alegres y luego se dispusieron a ir a ensayar, aunque Carmela estuvo dando vueltas al asunto durante largo rato. Su amiga parecía estar prendada de ese atractivo arquitecto, pero ¿y si él solo la veía como una amiga? Sería muy triste para Emma que él no sintiera lo mismo que ella.



## CAPÍTULO 19

Estimado Raúl:

Esta última semana de la gira ha estado de locos; nos hemos presentado casi todas las noches y con los constantes cambios de ciudad, debo confesarte que estoy exhausta. Estoy escribiéndote después del concierto en Berlín. Estoy agotada, pero no quería dejar de escribirte, pues no había podido hacerlo desde hacía unos días debido a lo ocupada que he estado. Seré breve porque en realidad estoy a punto de caer dormida.

Solo quiero que sepas que a pesar de lo ocupada o cansada que esté, pienso en ti. La gira está a punto de concluir, y en cuanto eso suceda volaré a México. Lo primero que haré será llamarte para avisarte.

Debo dejarte, me muero de sueño. Nos vemos pronto.

Con cariño.

Emma

Raúl sintió un cosquilleo en el estómago al leer ese correo. Cada vez estaba más cerca la posibilidad de conocer a Emma en persona. Además, lo emocionaba el hecho de que ella admitiera pensar en él, sin importar lo cansada u ocupada que estuviera.

Recordó cuando era un adolescente y la chica de la que estaba enamorado en la escuela dio señales, por fin, de corresponderle; era una sensación muy semejante, pero más asentada, más reflexiva y madura.

Le pasó por la mente la sospecha de ser un idiota por sentirse así debido a una joven a la que no conocía en persona, y que podría no sentir lo mismo que él. Además, se sentía un tanto culpable, y se cuestionaba a sí mismo si era posible que se hubiera enamorado tan pronto de otra persona cuando hacía apenas unos meses se sentía miserable y desgraciado por su divorcio.

«Uno nunca termina de conocerse», se dijo a sí mismo.

De cualquier manera, pensó pedirle consejo a su consultora sentimental de toda la vida.

—Dime, ¿pensarías mal de mí si te dijera que estoy interesado en una mujer a pesar de mi reciente divorcio? —aprovechó para cuestionar a su hermana en una reunión familiar.

Eloísa lo miró sin poder ocultar su sonrisa cómplice.

—Por supuesto que no, tienes todo el derecho del mundo. Aunque, claro, no faltaría quien te juzgara, diciendo que es muy precipitado, que seguramente no querías tanto a Estefanía. Dime, ¿se trata de tu amiga de Argentina?

Raúl sonrió: si había alguien que intuyera sus sentimientos o intenciones antes que nadie, esa era Eloísa.

—Sí —reconoció—, se trata de Emma.

—Pues me alegro por ti. ¿Cuáles son tus planes? ¿Irás a Argentina? ¿La invitarás a México?

—Ella vendrá a México muy pronto, en cuanto termine su gira por Europa.

—Wow. Qué emocionante que puedan conocerse en persona al fin, después de tantos meses.

—Sí, es emocionante.

Eloísa tenía sus reservas respecto a un amor surgido en la distancia bajo la engañosa magia de las cartas, pero no quería desalentar a su hermano. Ya era bastante grandecito como para conocer y asumir los riesgos de una relación así.

—¿Sabes? A mí también me gustaría conocerla. No quiero asustarla, claro, pero me encantaría verla personalmente. Debe ser una muchacha muy especial.

Raúl la miró con cara de beatitud. «Sí que lo es», pensó.

\*\*\*

El último concierto, la última presentación en Europa, y entonces podría volar a México y ver a su padre... y a Raúl.

Emma estaba feliz, y al mismo tiempo sentía un extremo nerviosismo. En una parte muy recóndita de su corazón se escondía el temor de que su padre reviviera sus rencores y no la recibiera bien o, incluso, que no quisiera verla.

Y por otro lado estaba Raúl. Ella estaba muy segura de sus sentimientos por él, pero ¿qué tal si él solo la veía como una buena amiga, con quien había entablado una relación de confianza y camaradería? Además, él se había divorciado recientemente y, aunque casi no mencionaba a su exesposa, era

probable que él siguiera amándola, después de todo, habían estado casados por catorce años y tenían una hija.

Él nunca le había indicado que albergara algún sentimiento romántico por ella y, aunque lo atribuía a su extremada caballerosidad, temía que fuera porque en realidad era así.

Respiró profundo y trató de relajarse. Primero, lo vería, lo conocería personalmente, y el tiempo se encargaría de decir si había entre ellos algo más que amistad.

Cabía también la posibilidad de que el hechizo se rompiera al verse de frente. Tal vez su relación era así porque había surgido en la distancia y sin ninguna expectativa por parte de ninguno. Temía que al verse cara a cara no supieran qué decirse, o que no sintieran esa conexión y esa magia que habían establecido a lo largo de su correspondencia.

«No, no será así. Nuestra relación no es efímera ni superficial, sino sólida y madura», trataba de convencerse a sí misma.

## CAPÍTULO 20

El día que llegó a México hacía un clima terrible: densos nubarrones oscurecían el cielo, corría un viento frío y persistente, y había escuchado en uno de los altavoces del aeropuerto que había contingencia ambiental.

Aún así se sentía feliz de estar de nuevo en casa. Se dirigió rápidamente a una de las salas de recepción de vuelos internacionales y ahí, entre la muchedumbre, pudo reconocer a su padre.

Había subido un poco de peso y lucía algunas canas más de las que Emma recordaba, pero era él. Las lágrimas acudieron a sus ojos sin remedio y corrió a abrazarlo. No supo cuánto tiempo estuvieron así, estrechados fuertemente; el mundo a su alrededor había desaparecido.

Fernando, su padre, lloró igual que ella.

Por fin, se separaron a regañadientes. El señor la tomó de ambas manos y la admiró.

—Mírate nada más, hija, estás hermosísima. Mi estrella musical —añadió con gran sentimiento.

Emma sonrió, radiante, entre lágrimas.

—No sabes cuánto te extrañé, papá —lo dijo antes de pensarlo, y se arrepintió de inmediato al ver la expresión compungida de su padre.

—Yo también te he extrañado muchísimo, Emma. Me has hecho mucha falta. —Hizo una pausa para recomponerse—. ¿Dónde está tu equipaje?

Emma se dirigió a la banda del equipaje y esperó unos minutos hasta que salieron sus dos enormes maletas.

Ya en el coche de su padre se dispuso a llamar a Raúl para avisarle de su llegada. La contestadora la enviaba directamente al buzón. Intentó tres veces más con el mismo resultado.

—¿Pasa algo, hija? —le preguntó su padre al ver su expresión de angustia.

—No, nada, papá. Quise llamar a un amigo, pero lo haré más tarde.

En casa de su padre la esperaba una recepción en grande comandada por sus tíos, sus primos y los vecinos de su padre, quienes la abrazaron, besaron,

estrujaron y ametrallaron a preguntas. Había un gran letrero de «Bienvenida a casa» y globos y serpentinas por todo el recibidor, obra, seguramente, de su tía Ana María.

Las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos al ver las muestras de simpatía y cariño de su familia. ¿Por qué nunca la habían contactado? ¿Su padre los habría amenazado? Siempre había pensado que no les importaba, que eran fríos e insensibles y por ello no la echaban en falta. Por eso la sorprendían ahora las demostraciones de afecto que le prodigaban, como si nunca hubiera tenido lugar una ruptura. De hecho, con sus tíos y primos no la hubo, pero ellos jamás la buscaron, a pesar de que ella hizo algunos intentos por seguir en contacto.

Aprovechó el haber quedado arrinconada con su tía Ana María en el extremo del comedor para cuestionarla al respecto.

Su tía la miró con profundo cariño y a la vez con gran remordimiento:

—Mi niña, yo traté de llamarte varias veces, pero tu papá nunca quiso darme tu número de teléfono, estaba como loco. A tus primos les dije también en muchas ocasiones que te enviaran mensajes por ese tal Facebook, y siempre me decían que sí, que lo harían, pero están tan ocupados con sus cosas... Lo siento mucho, cariño, creo que todos nosotros fuimos tan crueles contigo como lo fue tu papá. Pero ahora que has vuelto te aseguro que no te perderemos de vista nunca —afirmó con ojos llorosos.

La muchacha volvió a intentar comunicarse con Raúl, pero obtuvo la misma respuesta. Estaba empezando a preocuparse. ¿Acaso él no quería verla, y se estaba haciendo el escurridizo?

Pidió a su padre la contraseña de internet y le envió un mensaje por Facebook: «Ya estoy aquí. Quiero verte, pero tu móvil me manda a buzón».

Comprobó, con desazón, que Raúl no estaba en línea. Francamente no lo entendía, él sabía a la perfección que ella llegaba ese día.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para ocultar ante su familia lo decepcionaba que estaba; definitivamente había previsto varios escenarios, pero no se había preparado para el que se le presentaba.

Cuatro horas y unos cuantos tequilas después sonó su móvil. ¡Era Raúl!

—¡Raúl, hola! Ya estoy en México.

¡Wow! Qué impresión escuchar su voz, era dulce y melodiosa como la había imaginado. Raúl sintió un hueco en el estómago.

—Hola. Vi tu mensaje. No vas a creerlo: tuve que ir a Cuernavaca a entrevistarme con unos clientes y olvidé mi teléfono en mi departamento.

Emma respiró aliviada.

—Supuse que algo por el estilo había pasado —mintió.

—¿Y bien? ¿Cómo estás, cómo te recibió tu papá?

—Ha sido maravilloso, mi papá se ha portado estupendamente, y mi familia me preparó una fiesta sorpresa. Vinieron incluso los hermanos de mi madre. —Emma destilaba gran emoción.

—Me alegro muchísimo por ti.

Ambos guardaron silencio por unos segundos. No es que no tuvieran nada que decir, era que ambos estaban nerviosos y temían hacer la gran pregunta.

—Tengo muchos deseos de conocerte personalmente —rompió él la pausa.

—Yo también —admitió ella, con ansiedad—. Pero temo que hoy no podrá ser, por mi familia, ya sabes. A menos que quieras unirme a la fiesta —sugirió tímida.

—Me encantaría, pero no creo que sea muy oportuno. Tu padre querrá tenerte para él. Pero podemos vernos mañana. ¿Qué te parece si te invito a desayunar?

—Me parece estupendo. —Una risa cantarina matizaba la voz de la chica.

A Raúl le encantaba ese acento incierto en su voz, en el que podían detectarse notas del país sudamericano.

—Entonces... te veré mañana. Envíame por mensaje la dirección de tu padre para pasar a recogerte.

—Claro que sí, te la mando de inmediato. —Hizo una pausa, emocionada—. Hasta mañana.

Tan pronto colgó, la joven empezó a saltar y gimotear de alegría. Se desconocía a sí misma, hacía muchísimo tiempo que no se sentía feliz y plena como en ese momento.

A lo largo de su vida, tres noches habían sido las más largas para Emma: cuando escapó de casa de sus padres para ir a buscar sus sueños; cuando falleció su madre, y esta.

No tenía que preguntarse por qué estaba tan nerviosa: lo sabía de sobra.

Raúl llegó en punto de las ocho y media, tocó el timbre y esperó. Le abrió la puerta un hombre cuya edad no pudo determinar, pues no era ni muy joven ni muy viejo. «El padre de Emma», supuso.

Saludó cortésmente a don Fernando, se presentó y explicó su presencia ahí.

—Claro, claro, pase, arquitecto. Mi hija me habló de usted. Ella vendrá en

un momento.

¿Le había hablado de él? ¿Le habría dicho, acaso, que no se conocían en persona? El señor le indicó amablemente que tomara asiento y fue a buscar a la muchacha.

Don Fernando y Raúl no tuvieron tiempo de intercambiar más que unas cuantas frases, pues Emma apareció por la escalera vestida con unos jeans, una blusa blanca y una chaqueta morada; llevaba el cabello recogido en una media coleta e iba maquillada de forma muy discreta.

Raúl se puso en pie automáticamente y quedó embelesado: era tan hermosa como en sus fotografías, o incluso más, porque ahora reflejaba una frescura, un entusiasmo y una felicidad que estaban ausentes en muchas de sus imágenes, especialmente en las más recientes.

—Hola —saludó ella, riendo tontamente y acercándose a él para darle la mano.

—Hola —la sonrisa de Raúl era radiante.

Se acercó a ella para darle un discreto beso en la mejilla; había pensado solo darle la mano, pero no había resistido el impulso.

—¿Nos vamos? —urgió ella, nerviosa después de ese inesperado beso.

—Claro, adelante. —Raúl le cedió el paso y se despidió de don Fernando con toda cortesía.

Desayunaron en un restaurante muy agradable de Polanco; el ritmo fluido y entusiasta de la conversación rápidamente disipó los temores de Emma. Se sentía un tanto embriagada; conversar cara a cara con Raúl era incluso mejor que hacerlo mediante el papel o la pantalla de una computadora. Además comprobó que era mucho más atractivo en persona, y se sorprendió varias veces observándolo embelesada mientras él le hablaba de cualquier cosa.

En una de esas ocasiones Raúl pareció percatarse y dejó de hablar, sonrojándose. Cuando Emma se dio cuenta de que él guardaba silencio pareció salir de su trance.

—Discúlpame, no pienses que estaba distraída —se excusó atropelladamente.

Bueno, sí lo estaba, se había perdido en esos ojos cálidos y en el hechizo de su sonrisa, que él amplió al ver la expresión de ella; sabía reconocer cuando una mujer lo encontraba atractivo, y la mirada de Emma era muy elocuente.

—No te preocupes. Yo también estoy nervioso, creo que por eso he hablado tanto.

—Pues me encanta escucharte. —Emma se sonrojó. Definitivamente, su lengua y su cerebro no estaban muy bien conectados esa mañana.

Raúl la miró fijo y le dedicó esa maravillosa sonrisa perfecta.

—No sabes cuánto deseaba conocerte en persona.

Emma sonrió, feliz.

—Yo también tenía muchísimos deseos de conocerte. Estaba muy nerviosa esta mañana —confesó.

Después de desayunar, Raúl la llevó a hacer un recorrido por la ciudad, para que Emma pudiera descubrir cuánto había cambiado desde su partida. Se sorprendieron al darse cuenta cuánto gozaban tanto de sus palabras como de sus silencios.

Al caer la tarde se recargaron en la baranda de un pequeño lago artificial en un parque.

Emma suspiró.

—Este ha sido uno de los mejores días de mi vida.

Se volvió a ver a su acompañante, quien la sorprendió al tomarla de la mano, como de manera casual, como si aquel gesto fuera lo más natural en ellos.

Emma sonrió ante el cosquilleo de placer en su mano.

Siguieron recorriendo el lugar, aún tomados de la mano, por un amplio sendero bordeado de árboles y bancas esparcidas aquí y allá.

Cientos de mariposas revoloteaban en el estómago de Emma. No creía que aquel gesto por parte de Raúl fuera algo frívolo; había adivinado que también él estaba nervioso y expectante. Se sintió halagada: el que un hombre mayor que ella y mucho más experimentado tuviera esas sensaciones debido a ella era muy gratificante.

Se detuvieron de nuevo en la baranda para admirar a una bandada de patos que revoloteaba en la superficie del lago.

De pronto, se volvieron el uno al otro como si fueran a decir algo, pero ambos guardaron silencio de pronto y se quedaron mirándose mutuamente. Emma sonrió, nerviosa.

Ambos se volvieron a seguir admirando el paisaje. Raúl hubiera querido besarla, y se sintió estúpido por toda esa situación. Ya no era un adolescente, ni un mozo universitario que temiera al futuro y a las consecuencias de sus decisiones.

Pero no quería equivocarse, no quería dar un paso errado y asustar a Emma si ella no sentía lo mismo que él. Aunque sospechaba que la chica se



encontraba en la misma situación, y trató de ver el lado amable al pensar que ambos, después de sus experiencias recientes, buscaban ser sensatos y prudentes.

Terminaron tomando un helado en una elegante cafetería. Ninguno de los dos quería que el día terminara, pero ya se había hecho de noche y Emma estaba cansada.

Raúl la llevó a su casa; durante el trayecto estuvo silencioso, como si se hallara sumido en profundos pensamientos. Emma se sintió preocupada.

—¿Te veré mañana? —le preguntó tímidamente la chica cuando la dejó en la puerta de la casa de su padre.

—Mañana estaré muy ocupado durante todo el día, pero haré lo posible para poder invitarte a cenar. ¿Te parece bien?

Ella asintió, sonriente, y cerró los ojos con grandes expectativas cuando él se acercó para despedirse con un beso. Pero otra vez se comportó como un verdadero caballero, y se limitó a besarla con ternura en la mejilla.

Su sonrisa y el brillo de sus ojos almendrados compensaron la pequeña decepción que sintió al no recibir el beso en los labios, como había deseado.

—Te veré mañana en la noche —y agregó cuando ya se subía al coche—: estaremos en contacto durante el día.

—Por supuesto. —Ella agitó su mano como una princesa de antaño cuando el coche se alejó.

## CAPÍTULO 21

Querida Carmela:

¿Cómo sabe una persona cuando está enamorada? ¿Será por las mariposas en el estómago, o por la corriente eléctrica que sientes recorrer tu cuerpo cuando esa persona te mira o te toca? Yo creo que esas son buenas pistas, pero la felicidad es el principal indicio. Me siento feliz al lado de Raúl, aunque debo aclararte que aún somos solo amigos. Estoy casi segura de que él también siente algo por mí, pero no se ha decidido a hablarme de ello. No niego que me siento un poco decepcionada, pero tengo la impresión de que busca no precipitarse. Es un hombre maduro y tiene que estar seguro de que la decisión que tome sea la correcta.

Le daré un poco de tiempo, no tengo prisa. Sé que tarde o temprano nuestra relación dará su siguiente paso.

Mi padre se ha comportado de manera excelente. Hemos hablado mucho de todo lo que pasó, y nos hemos dado cuenta de que teníamos que perdonarnos mutuamente. Estamos en ese proceso, pero hemos avanzado mucho.

Cuéntame las novedades y saluda a todos de mi parte.

Cerró la laptop tras concluir el correo para su amiga y suspiró. Es increíble lo rápido que parece pasar el tiempo para las personas que se sienten felices. Emma había estado tres semanas en México y sentía como si hubiera llegado el día anterior, a pesar de que había hecho tantas cosas, visitado a tantas personas y pasado tanto tiempo con Raúl y su familia.

Eloísa le había caído particularmente bien; era muy simpática, abierta y optimista y la había recibido como a una antigua amiga. Don Armando y Eduardo habían sido muy corteses, y hasta Paola y sus hormonas en incipiente crisis adolescente la recibieron con alegría. Quizá porque la hija de Raúl era muy madura para su edad o porque Emma era todavía muy joven y tenía una gran capacidad de adaptación, ambas congeniaron de inmediato.

Si Eloísa había albergado alguna duda sobre el éxito de una relación a

distancia, tuvo que admitir que el caso de su hermano y Emma era una excepción, aunque Raúl le había revelado de manera muy sutil que su relación era solo amistosa, situación que ella creía que no se mantendría por mucho tiempo, a juzgar por las intensas miradas que ambos se dirigían.

La chica era dulce, apasionada, alegre y sensible, y evidentemente hacía muy feliz a Raúl. A Eloísa le gustó de inmediato. A don Armando también le agradó muchísimo y, cuando su hija le reveló cómo la había conocido Raúl y que habían mantenido correspondencia por correo aéreo durante meses, al señor le fascinó la historia.

Al parecer, la vida le estaba dando a su hijo una segunda oportunidad, y eso lo hacía feliz. Él había perdido a su esposa, con la que había compartido casi cuarenta y cuatro años de su vida, y sabía lo que era estar solo.

\*\*\*

Viajaban en silencio mientras Raúl llevaba a Emma a su casa luego de una cena con su familia.

Emma se preguntaba por qué él estaba tan serio; durante la cena en casa de Daniel y Eloísa había sorprendido su mirada sobre ella en muchas ocasiones, pero revelaba más bien ansiedad. Empezaba a sentirse nerviosa y aprensiva, pensaba que a esas alturas él ya debía haberse dado cuenta de que entre ellos había algo mucho más fuerte que una amistad. No solo se atraían físicamente, sino que compartían sus deseos, sus sueños y su manera de pensar.

Él se apresuró a bajar del coche y abrirle la puerta a Emma cuando llegaron a su casa.

—Ha sido una noche maravillosa, muchas gracias —le dijo ella, tratando de ocultar su desazón.

Raúl guardó silencio y la tomó de las manos. Ella sintió que su corazón latía desbocado. Él jugueteó durante unos segundos con las manos femeninas tomadas suavemente por la punta de los dedos. Al final, se decidió a mirarla.

—Emma, temo que esto pudiera parecer precipitado y, con sinceridad, no quiero que pienses que no me tomo las cosas con la seriedad debida, o que he malinterpretado nuestra relación —hablaba de prisa, Emma no entendía a dónde quería llegar y temía que él estuviera terminando algo que ni siquiera había empezado formalmente.

Él tomó aire, tratando de calmarse y ordenar sus pensamientos.

—Lo que quiero decir es que, aunque sé que nos conocemos

personalmente desde hace apenas unas semanas, tú y yo hemos llegado a un nivel de conocimiento mutuo muy profundo, y... me has conmovido, me devolviste la alegría y la fe en el amor...

Los ojos de ella lucían enormes, clavados en los de él con expresión expectante.

—Me gustas muchísimo. Yo... me he enamorado de ti.

La sonrisa de la chica iluminó todo a su alrededor.

—Yo también me he enamorado de ti —su dulce voz apenas fue audible para él, estaba demasiado emocionada.

El hombre sonrió y la besó con dulzura y apremio a la vez, levantándola en vilo al pegarla a él.

Al separarse, se miraron a los ojos durante varios segundos, sonriendo con beatitud.

—Pensé que nunca te decidirías —dijo ella, riendo, y volvió a besarlo.

Estuvieron hablando durante largo rato, abrazados, apoyados en el coche.

—¿No te da miedo la diferencia de edades? —preguntó él con cierta ansiedad—. Soy casi diez años mayor que tú.

A ella la conmovió profundamente que él se preocupara por eso, pero estaba segura de sus sentimientos y de lo que quería.

—No me preocupa en absoluto —aseveró.

\*\*\*\*\*

Querida Carmela:

Si tenías alguna preocupación por mí con respecto a Raúl, déjame tranquilizarte, él estaba en la misma situación que yo: se enamoró de mí a través de mis cartas y correos, y temía que yo no sintiera lo mismo por él. Pasó tantas dudas y miedos como yo, pero ya todo eso se disipó.

Todavía no tengo planeado regresar a Argentina, te avisaré en cuanto lo decida, pero te aclaro que es muy probable que solo lo haga para hablar con Paul sobre mi salida de la orquesta y para arreglar algunos otros asuntos. Como sea, espero verte pronto.

Tu feliz amiga: Emma

Todavía no habían decidido si la joven violinista volvería a Argentina para continuar trabajando; estaba considerando muy seriamente la posibilidad de dejar su puesto en la Sinfónica de Buenos Aires y buscar trabajo en alguna

orquesta en México, o incluso, empezar a dar clases de música.

Aun si no fuera por Raúl, ya no quería irse de México. No podía recuperar el tiempo perdido con su padre, pero sí podía aprovechar el que tuvieran en el futuro inmediato.

Ambos rieron cuando se mostraron las cartas que se habían enviado, cuidadosamente dobladas y en su sobre original, por orden cronológico.

—¿Puedes creer que todo empezó por haberme devuelto la carta que le envié a mi abuelo? —preguntó Emma a Raúl mientras acariciaba los sobres.

—Fue una de las mejores ideas que se me han ocurrido en la vida —repuso él con una sonrisa divertida, atrayendo a la chica hacia él para darle un empalagoso beso.

Cualquier duda que hubieran podido albergar se había esfumado, ambos estaban convencidos de estar seria y profundamente enamorados; pese a ello decidieron llevar las cosas con calma. No había ninguna prisa, aún tenían muchísimas cosas que decirse, y ahora podían hacerlo frente a frente.

## AGRADECIMIENTOS

A Lola Gude, todo mi agradecimiento por hacer posible este sueño.

Si te ha gustado

De puño y letra

te recomendamos comenzar a leer

Danzando sobre los árboles

de *A. Macklaus*



## CAPÍTULO 1

# El comienzo

Julietta se encontraba sentada en la banca de un parque; su mirada estaba perdida entre la copa de los árboles que la rodeaban. Ese día se cumplían cuatro días desde que Karlo Magno iii había desaparecido. Aquel compañero fiel que la había acompañado desde hacía seis años ya no estaba con ella; ya no estaba ese caballero rubio que cada mañana la despertaba caminando sobre sus piernas y dándole pequeños rasguños, ya no podía escuchar esos ronroneos que la arrullaban por las noches. Había perdido a su viejo amigo y eso la tenía devastada.

Mientras contemplaba esos árboles frondosos, una paloma regordeta se posó en la punta del árbol más alto. Al momento de enfocarla, una mano cubrió su visión; de un instante a otro, no sabía lo que estaba pasando y había alguien detrás de ella. Cuando trató de reaccionar, otro brazo rodeó su abdomen. Sintió una calidez que no pudo describir, la inundó una sensación de tranquilidad que no tenía desde hace días; era como si las nubes la cobijaran. Aquella paloma a la que admiraba a lo lejos ya no estaba; parecía que estuviera a su alcance.

No lograba comprender lo que estaba pasando cuando de pronto sintió un beso en su mejilla y le susurraron al oído las palabras «Feliz cumpleaños». La mano que tenía atrapado su ombligo puso un objeto metálico en la mano de Julieta; ella por fin reaccionó y, con el poco aliento que logró juntar, exclamó:

—No es mi cumpleaños. —En ese instante aquel joven que la tenía casi aprisionada se retiró de ella a varios metros.

—Ah, discúlpame, ¡te he confundido con otra persona! Lo siento muchísimo, no era mi intención molestarte. —El joven se fue corriendo y, mientras se alejaba, gritó—: ¡Lo siento!—Julietta no comprendía lo que estaba pasando, pero, conforme el joven se alejaba nuevamente, empezaba a llenarla un sentimiento de soledad y de desesperación. Una lágrima escapó de su ojo izquierdo, lo que daba cuenta de que se sentía abandonada, triste y desorientada. Al querer secarse la lágrima, notó que había algo en su mano: era un dije de plata con forma de pingüino. Volteó la vista a la parte alta del



árbol que observaba y aquella paloma regordeta ya no estaba; era como si todos hubieran decidido abandonarla a su suerte esa semana. Estiró su brazo y puso el dije de pingüino en el lugar donde había estado la paloma.

La escena se veía curiosa: ahora había otra ave regordeta en la cima del árbol, pero en esta ocasión era una que nunca se hubiera imaginado ver en ese lugar. Esto le provocó una sonrisa a Julieta, que empezó a jugar con el pingüino sobre el árbol. Nuevamente la tranquilidad estaba volviendo a ella; con una sonrisa en sus labios, volteó la mirada en busca del joven propietario del dije, pero no pudo encontrarlo. Puso el pingüino en el collar que portaba y se retiró de ese lugar.

Cierta mañana Julieta se preparaba para ir a la universidad. Como parte de su rutina estaba el bañarse, peinarse, desayunar con prisa y, antes de salir a la calle, ponerse alrededor del cuello su collar con el dije de pingüino. Hacía más de un mes que lo utilizaba, ya era una parte esencial de su rutina diaria: no había día que no lo usara al salir de casa. Era un pequeño recuerdo de lo que fue un gran momento.

Ese mismo día, al dirigirse a la universidad, escuchó una voz que exclamó:

—Ese dije te queda perfecto. —Al levantar la vista observó que se trataba de un joven de su edad, que portaba un uniforme que era de otro instituto. Al instante se dio cuenta de que era aquel quien le había entregado ese pequeño tesoro. Ella se aferró al dije con una mano y un sentimiento de tristeza inundó su corazón, ya que sabía que era el momento de regresarlo; nuevamente se iba a alejar de ese pequeño compañero que le había brindado momentos de confort y tranquilidad.

Con un dejo de tristeza en su mirada, comenzó a retirar el pingüino de su cadena.

—¿Qué haces? —exclamó el joven.

—Te voy a regresar el dije, te pertenece.

—Espera, fui yo quien te lo dio. Te pertenece a ti; además, hace un momento te dije que te quedaba perfecto.

Con una gran sonrisa en su rostro, vio al joven, quien ya la observaba fijamente. Ambos sonrieron y mantuvieron la mirada por un momento.

—Aquel día me confundiste con alguien y me susurraste: «Feliz cumpleaños»... —dijo apenada.

—Ah, sí, ese día estaba por encontrarme con mi novia, y por la emoción

me confundí y te encontré a ti.

—Debe ser muy afortunada si cada vez que te encuentras con ella te portas así.

—Jajaja, era muy afortunada, tanto que hasta decidió terminar conmigo.

—Lo siento, no quise tocar un tema sensible.

—No, para nada, es algo que pasó y creo que fue lo mejor; me salvé por un pelo.

—Pues seguro algo hiciste para que decidiera terminar contigo, no creo que haya sido gratis.

—Pues sí, cometí una ofensa gravísima, irreparable: el día que íbamos a festejar nuestro primer mes de noviazgo tuve la osadía de presentarme sin su regalo. Al llegar ella me estaba esperando con Snickers y con unas entradas para la premier de la nueva película de Batman; cuando se dio cuenta de que yo no le llevaba nada, se puso furiosa, me gritó en pleno parque, me dijo que no la apreciaba, que ella hasta había estado horas formada entre un montón de frikis para conseguir esos boletos y yo ni siquiera me había acordado.

—No, no, no, me puso como chancla vieja.

—Jajaja, pero no era ningún secreto que ese día cumplían un mes, ¿por qué no le compraste nada?

—Sí lo hice.

—¿Y por qué no se lo diste?

—Porque te lo di a ti.

Julieta tomó el pingüino y se puso muy roja; se sentía muy apenada al haber estado en medio del fin de una relación. A pesar de no conocer a este chico, ella estaba muy a gusto con él; irradiaba una frescura y una despreocupación que a ella le daba tranquilidad. En ese instante comenzó a pensar en la chica que no recibió el dije y empezó a surgir un sentimiento de culpa, como si ella hubiera sido la causa de que la muchacha hubiera perdido a este chico tan agradable.

—De la que me salvé; si se pone así de histérica por un detalle como ese y ni siquiera me deja explicarle lo que pasó, no quiero ni imaginarme lo que hubiera pasado cuando descubriera toda la porno de mi comp...

Julieta levantó la mirada y con una sonrisa coqueta exclamó:

—Te hubiera reclamado por tener tanta porno y por no poner una foto de ella en tu papel tapiz.

—Jajaja, ¡también te ha pasado!

Julieta sonrió, pero pronto cambió su aspecto. Se puso completamente roja,

no sabía cómo había sido capaz de contestarle algo así a alguien que ni siquiera conocía, que iba a pensar que era alguna clase de mujer pervertida o fácil. Se había insinuado ante un joven casi desconocido que disfrutaba de ver pornografía y, además, acababa de coquetearlo. Con nadie había sentido ese tipo de confianza, ¿por qué con él estaba tan a gusto?

—Me llamo Mark.

—¿Mark?

—Bueno, me llamo Marco Antonio Sol...

—¿Solís?

—No, eso sería el colmo. Me llamo Marco Antonio Solano, pero mis amigos me dicen Mark, como espero que tú lo hagas.

—Pues yo sí soy el colmo... Julieta, me llamo Julieta Venegas.

—Jajajajajajaja.

—¡No te burles, friki pornógrafo!

—Mark, Mark para mis amigos. Y seguro tú y yo vamos a ser muy buenos amigos.

Julieta se sintió contenta al escuchar esas palabras, le agradaba la idea de seguir de cerca a este personaje misterioso. De pronto Mark tomó la mano de Julieta y empezó a caminar en dirección opuesta.

—Bueno, vamos.

—¿A dónde?

—A desayunar, por supuesto; recuerda que el desayuno es el alimento más importante del día.

—Sí, por eso yo desayuné antes de salir de casa; además, yo iba para la universidad.

—Yo también, pero tanto hablar de novias horribles hizo que me diera hambre, así no puedo rendir bien; y si no puedo rendir bien, no tiene caso que esté aplastado en el salón por una hora, mejor almuerzo algo y llego tarde, pero bien desayunadito.

—Pero yo sí desayuné: yo sí voy a rendir bien.

—Pero fue gracias a ti que recordé lo de mi ex y por eso tengo que pasar a comer algo antes de ir; y si te vas a clases así nomás, vas a estar con sentimiento de culpa porque me metiste en todo este embrollo y no vas a rendir toda la mañana. Si desayunamos, llegas un ratito tarde y listo.

—Ay, ya. Vamos, pero tú invitas y yo elijo dónde.

Caminaron un par de cuadras hasta llegar a una cafetería con diseño árabe; era un ambiente acogedor pero muy decorado. Julieta entró y, como en su

casa, se dirigió hacia una mesa para dos personas, ubicada casi en el rincón; se sentó y de su bolsa sacó un estuche de lentes. Mark no lo podía creer; ver a Julieta sentada en ese rincón con sus lentes puestos fue la imagen más hermosa que había visto en su vida; debido a su carácter distraído y despreocupado, desde que se conocieron no se había percatado de que Julieta era perfecta.

Mark se sentó frente a ella y empezó a leer el menú; no podía dejar de mirarla, pero trataba de disimularlo al leer los platillos. De pronto notó que algo extraño estaba pasando.

—Oye, estos son platillos de fonda.

—Sí, pues es una fonda.

—Ay, por la decoración árabe da otra impresión; además, siempre está bien solo. Me imaginaba que servían pura comida exótica y hasta tienen huevos rancheros, no se parece a ninguna fondita en la que haya estado.

—Al dueño le gusta todo esto de la decoración estilo árabe; además, tiene mucho dinero. Este local fue solo un capricho, por eso es que, aunque siempre está solo, sigue abierto; de hecho la comida es muy buena. A mí me gusta venir a leer; el ambiente, la iluminación y la falta de gente hacen que sea un lugar tranquilo para la lectura.

—Buenos días, ¿están listos para ordenar?

Mark sonrió y señaló a Julieta

—Solo una coca, por favor.

—¿Y para el caballero?

—Para mí, unos huevos con tocino. ¿Podría, por favor, agregarles tocino extra?; también una orden de pan de ajo y una coca.

—En seguida, con permiso.

—¿No encontraste algo más grasiento en el menú?

—Ay, lo dice la señorita que pide una coca a las ocho de la mañana, por favor.

—Te dije que ya había desayunado.

—A ver, un momento; si ya sabías que no ibas a pedir nada y aparte dices que vienes aquí regularmente, entonces, ¿para qué te pusiste a ver la carta? Duraste rato viéndola, hasta los lentes te pusiste.

—Es que me gustan los dibujitos del menú y cada uno tiene un diseño diferente, así que disfruto ver cuál me toca cada vez que vengo.

Mark jamás hubiera esperado una respuesta tan dulce a una pregunta tan boba; no pudo hacer más que sonreír y derretirse por dentro. Se encontraba

frente a una hermosa chica que siempre sabía qué decirle y era bastante agradable; no entendía lo que estaba pasando, pero estaba contento.

Mientras Mark desayunaba se la pasaron haciendo comentarios y hablando de trivialidades; fue un momento agradable para ambos. Cuando llegó la hora de despedirse, intercambiaron datos de contacto y, justo cuando Mark se inclinaba para darle un beso en la mejilla, esta se abalanzó y lo abrazó muy fuerte; él se sintió extrañado, pero suavemente le regresó el abrazo. Fue solo por un instante, pero ambos lo sintieron como si hubieran sido horas en que solo existían ellos en todo el mundo. Julieta recordó lo tarde que era, así que se separó y solo gritó:

—¡Nos vemos!

Mark se quedó ahí parado viendo cómo se alejaba el amor de su vida. Por un instante se sintió triste porque ese desayuno hubiera tenido que terminar, pero luego se dio cuenta de que nada terminaba, de que esto era solo el comienzo de una bella etapa al lado de Julieta. Eso lo emocionó y con su calma característica, pero con una enorme sonrisa, siguió su camino a la universidad.

Julieta se pasó toda la mañana pensando en aquella cita que había tenido. Al final el desayuno no hizo que regresara tranquila a clases, como Mark había propuesto; por el contrario, solo pudo pensar en él durante toda la mañana. No lograba comprender por qué le atraía tanto; apenas lo conocía y no habían hablado de nada más que de trivialidades. No conocía sus gustos ni sus aspiraciones o inquietudes; posiblemente por eso era que se sentía tan a gusto con él.

Al llegar Julieta se encontró con una casa vacía y con una nota, pegada en el refrigerador, que decía: «Surgió algo: voy a llegar a la noche. Revisa en el refrigerador a ver si hay algo para comer».

—Bueno, hoy tocará comer sola. Mmm, no tengo hambre...

Subió tranquilamente las escaleras. No había prestado nada de atención a sus clases, entonces, no se encontraba estresada en absoluto; además, había pasado casi toda la mañana pensando en Mark, así que se sentía contenta. Llegó a la planta alta como si fuera flotando y, al entrar a su cuarto, colocó sus cosas a un lado y se dejó caer sobre la cama con la suavidad de un pañuelo de seda.

—Mark...No son sus ojos ni su boca, tiene un cuerpo promedio, se ve

aseado, pero claramente no se peina; incluso es algo tosco en su trato. Entonces, ¿por qué no puedo dejar de pensar en él? Tiene una linda sonrisa, luce sincera.

Julietta comenzó a morder su labio inferior; pensar en los labios de Mark besando los suyos la hizo emocionarse. Cerró los ojos y empezó a acariciar su boca con la yema de sus dedos; imaginaba que se trataba de la boca de Mark la que estaba tocando y, a su vez, que era la mano de Mark la que mimaba sus labios.

Despacio fue moviendo su mano izquierda alrededor de su abdomen. Un espasmo recorrió su cuerpo, era como si Mark estuviera sobre ella. Su mano pasó de su boca a través de su cuello, acarició su pecho y desabotonó su blusa: quedaron expuestos sus hermosos senos, cubiertos con un delgado brasier morado. Su piel era blanca como el coco, se veía como si el sol jamás se hubiera posado sobre ellos.

El movimiento fue cobrando vigor conforme se seguía acariciando. Empezó a restregar sus manos sobre su brasier —este le estorbaba—, sentía un impulso animal por arrancarlo y tener a su disposición esos pezones que clamaban por ser estimulados; tras liberar al primero de su prisión, comenzó a frotarlo con su pulgar. Ya estaba completamente erecto; era una sensación curiosa pero agradable, jamás había sentido que se le pusiera tan duro como en ese momento.

Esa nueva sensación la emocionó; arqueó la espalda y de un tirón, casi sin esfuerzo, se retiró el pantalón que estaba usando, se quitó los zapatos, la blusa y el brasier, y quedó recostada sobre la cama, vistiendo solo una delicada tanga color morado. Ella se sentía deliciosa; generalmente usaba ropa cómoda para ir a todas partes, pero su ropa interior eran piezas diminutas que acentuaban su sexualidad.

Cerró los ojos y empezó a tocar suavemente sus senos. «Si Mark estuviera aquí, ¿cómo me estaría tocando? ¿Le gustarían mis senos?; no son muy grandes, pero están redonditos y bien formados, mi pezón es rosadito y está derecho. Si le gustaran, estaría fascinado tocándome y mordisqueándome.

Sus movimientos pasaron de suaves a firmes y, al imaginar a Mark mordisqueándola, comenzó a pellizcar sus pezones. Estaba muy excitada, jamás había fantaseado así por un hombre al que conocía; estaba ardiendo por dentro, deseaba sentir su cuerpo sobre el de ella. Empezó a presionar sobre su abdomen, con suavidad fue recorriendo su mano hasta llegar a su pubis, con sus dedos recorrió el contorno de su diminuto calzón morado.

Su excitación era más que evidente: aquella tanguita que cubría su intimidad ya estaba húmeda. Al sentir esa calidez proveniente de su sexo, empezó a frotar sobre ella con un movimiento circular, poco a poco ejerció presión hacia adentro, como si ya no estuviera utilizando ninguna prenda. Ya estaba tan empapada que era poco lo que se sentía de la tela de aquella diminuta tanga, así que por fin se la quitó.

Abrió sus piernas lo más que pudo, estaba deseosa de entregarle su cuerpo a aquel interesante desconocido. Con su dedo medio tocaba los labios exteriores de su vagina; estaba tan húmeda que no tardó en encaminarse hacia adentro. Julieta no paraba de pensar en cómo sería el miembro de Mark y cómo se sentiría, y seguía metiendo poco a poco aquel dedo hasta llegar al final.

En ese momento comenzó a hacer movimientos circulares; desde adentro acariciaba cada rincón de su sexo. Dio un buen pellizco a su pezón y al instante su vagina se contrajo un poco. Sin perder el tiempo aceleró el ritmo de su penetración: hacía movimientos circulares mientras metía y sacaba su dedo, mordía suavemente su labio inferior. Solo podía imaginar a ese hombre dándole placer.

Sentía cómo su líquido, que ya tenía empapada su vagina, también estaba mojando sus glúteos y hasta las sábanas. Era una sensación agradable, estaba disfrutando cada rincón de su cuerpo y cada instante de su fantasía, no quería cambiar nada de ese momento; trataba de prolongarlo lo más que fuera posible, temía que —de llegar muy pronto al orgasmo— se perdiera la imagen que tenía de Marken ese momento.

—¡Ya llegué! ¿No has comido tú tampoco? ¡Vente, yo ya me voy a servir!

—¡Llegaste temprano!

—¡Pues ya son casi las ocho, ya está oscuro...! Te dije que llegaba por la noche, ni he comido.

—¡Jajaja, me iba a meter a bañar, en un momento bajo! —«Mm, por no apurarme con ese orgasmo».

Julieta bajó la escalera; vestía una blusa deportiva ligera, sin brasier, con el pingüino entre sus pechos, un diminuto short y tenis blancos. Se veía fresca y contenta, no podía ocultar esa emoción que sentía, esa expectativa de lo que estaba por venir; ya quería tener una oportunidad para seguir tratándolo y conociéndolo mejor.

—¿Cómo te fue hoy?

—Bien, ¿y a ti? Te tocó trabajar hasta noche.

—Sí, una empresa quiere asegurar a todos sus empleados y estoy buscando que me los pasen a mí, a ver si se puede. Se ve que el representante de la empresa también quiere otra cosa, pero no me gusta ni tantito, a ver qué pasa.

—Pues échale ganas como siempre, yo sé que podrás marear ese asunto y quedarte con la cuenta.

—Sí —dijo en tono confiado.

Eran las once de la noche, Julieta estaba recostada sobre su cama. Simplemente miraba hacia el techo mientras acariciaba el pingüino, que reposaba entre sus senos. Estaba tranquila, pensando cómo sería el día de mañana; cada día era toda una aventura últimamente.

En cuanto cerró sus ojos, empezó a escuchar «Smooth», de Carlos Santana. Sonrió y movió su cabeza suavemente al ritmo de la música mientras estiraba su brazo en busca de su celular. «Esta es la mejor manera de finalizar un buen día: con buena música», pensó. Al alcanzarlo volvió a sonreír: era un mensaje de Mark.

—¿Qué haces?

—Nada, me preparaba para dormirme ¿y tú?

—Nada, ¿quieres ir al parque?

—Pasan de las once de la noche.

—Sí, a esta hora no hay niños jugando y está lleno de estrellas.

—Suena bien, ¿dónde te veo?

—¿Llego a tu casa en cinco?

—Que sean veinticinco, ya estaba en pijama.

—Bueno, llegando te mando mensajito.

Rápidamente se cambió de ropa; quería verse casual pero arreglada, no quería dar la impresión de que estaba emocionada, aunque así se encontraba. Estaba a punto de conocer mejor a ese hombre que tanto la apasionaba. «¿A un parque de noche? ¿Será que se quiere poner romántico o que se quiere proparar? Mm, veamos qué es lo que busca».

Julieta salió de su casa y ahí estaba él, esperando con una gran sonrisa en sus labios y con sus manos en sus bolsillos. Ya estaba haciendo un poco de frío; Julieta usaba una sudadera delgada y coqueta, mientras que Mark cargaba una chamarra de mezclilla en sus manos.

—¿No tienes frío?

—No.

—¿Solo vas a usar esa sudaderita?

—Sí, no hace tanto frío.



—Va a hacer más frío, ¿no quieres tomar algo más abrigador?

—No, vámonos.

Julieta tomó la mano de Mark y comenzaron su recorrido. Aquel parque donde se habían conocido estaba a un par de cuadras de la casa de Julieta y a cinco de la casa de Mark. Habían pasado toda su vida así de cerca, pero jamás se habían topado, jamás se habían visto; era como si el destino hubiera orquestado su encuentro.

Durante el trayecto al parque, fueron comentando cómo había sido el día para ambos; por lo que pudieron apreciar, fue un día similar, ya que ninguno tenía recuerdos significativos después de su desayuno juntos. Al entrar al parque, lleno de árboles cubiertos por la brisa nocturna, la temperatura disminuyó de forma drástica. De manera sutil Julieta acarició su estómago en un breve intento por darse calor; Mark tomó su chamarra gruesa de mezclilla, la colocó sobre los hombros de Julieta y los frotó por un momento.

—Te dije que te iba a dar frío.

—Sí, pero ahora ya te dejé sin chamarra, te va a dar frío.

—No te preocupes, a mí no me da frío, la traía para ti.

—¿Y nomás la ibas a estar cargando por si me daba frío?

—Sí.

—¿Y si a ti te da frío?

—No me va a dar.

—¿Cómo sabes? ¿Mente sobre cuerpo?

—Sí, exactamente, así que, si no quieres que me de frío también, ya hay que dejar de hablar de eso.

Se sentaron en una banca y Mark empezó a sacar cosas de su mochila: puso sobre la banca un mantel pequeño de cuadros rojos y blancos entre los dos, una velita, un par de coca colas, un par de bísquets y servilletas. Era como un pequeño y romántico día de campo en el parque, cobijado por la luz de las estrellas. Julieta sonrió y lo miró a los ojos.

—Esto es hermoso, gracias.

—Gracias por hacerme la segunda.

—¿Coca colas a estas horas?

—¿Y por qué no cuestionas los bísquets a la media noche?

—Porque son bísquets, a todas horas son ricos. Me acabo de lavar los dientes: la coca me va a saber rara.

—Pero con el bísquet «salado» no hay problema... Tú muérdelo y vas a ver que la coca te sabrá a gloria.

Ambos disfrutaron de aquella cena pésima para la salud. Al terminar Mark tomó a Julieta de la mano, caminaron un par de metros y se recostaron en el pasto para mirar las estrellas.

—No había notado lo bien que se veían las estrellas desde aquí.

—Sí, no mucha gente se ha dado cuenta, esperemos que siga así.

—Todo esto ha sido perfecto. Te has tomado muchas molestias para que tengamos una cita maravillosa, muchas gracias.

—Pero insisto, esto ha sido un trabajo en equipo: no dudaste ni por un segundo en venir conmigo.

—Me gusta estar contigo.

—A mí también me gusta mucho pasar tiempo contigo, se siente tan natural.

Los dos giraron y se miraron fijamente, estaban un poco nerviosos; era evidente que ambos sentían atracción por el otro. Mark sonrió y se acercó poco a poco para besar a Julieta; ella sonrió y no pudo ocultar su emoción, cerró los ojos y se besaron con una gran pasión durante mucho tiempo.

Era como si de pronto todo se hubiera detenido, en el mundo no había nadie más. Se besaban con tal pasión que se volvía difícil distinguir dónde comenzaba el cuerpo de Mark o el de Julieta. Apenas se conocían, este era el momento que ambos habían estado esperando durante el día; todo esto se sentía tan natural, casi como si estuviera predestinado.

—¡Auditorías, miles de auditorías nos van a auditar, nadie se va a escapar de las auditorías!

Aquel grito de advertencia interrumpió el momento; ambos se miraron y rieron. A lo lejos se alcanzaba a ver a un hombre de edad avanzada recorriendo el parque con un carrito de supermercado y a un par de perros siguiéndolo.

—Bueno, por lo menos no hay niños jugando.

—Sí, solo que el primer vagabundo es la primera señal de que ya es de noche y de que debería acompañarte a tu casa.

—Sí, vamos.

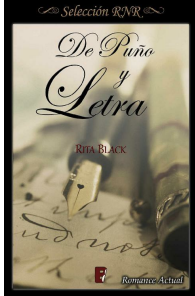
Recogieron las cosas y emprendieron el camino a casa de Julieta. Para ellos ya era completamente natural ir tomados de las manos. Durante todo el camino fueron en silencio, disfrutando de la quietud de las calles y de la luz de la luna; ambos llevaban una sonrisa coqueta en sus labios, había sido una velada perfecta. Llegaron a la casa de Julieta y se pusieron frente a frente.

—Aquí estamos. Como lo prometí te traje hasta la puerta de tu casa.

—Gracias por una cena maravillosa.

Mark se inclinó un poco y se despidieron con un pequeño beso en la boca. Julieta se dio la vuelta y se dirigió a la puerta de su casa; Mark la miraba alejarse mientras hacía una sutil señal de despedida con su mano. Al entrar Julieta se recargó en la puerta; estaba sonriendo, se sentía muy feliz, no se imaginaba que este día pudiera haber terminado así de bien. Había tenido la oportunidad de estar un rato más con Mark y era como si hubieran avanzado un paso más en su relación. Mark, por su parte, se dirigió a su casa, no podía ocultar la felicidad en su rostro.

## ¿Quién escribe cartas en estos días? Nadie, excepto Emma y Raúl.



Intrigado al encontrar en su nuevo apartamento una carta de puño y letra para el inquilino anterior, Raúl, arquitecto recién divorciado, la devuelve a la remitente para informarle de que su abuelo, a quien iba dirigida la misiva, ha fallecido.

En agradecimiento, Emma, joven violinista que vive en Argentina, le responde por el mismo medio, lo que iniciará un intenso intercambio epistolar, que no solo los llevará a redescubrir el encanto de volcar el alma en tinta y papel, sino a encontrar de nuevo la felicidad.

**Rita Black** Nacida en el central estado mexicano de Aguascalientes en el año de 1976, Rita Black tuvo un temprano contacto con la lectura. Enamorada de las letras, a los 13 años empezó a escribir cuentos cortos. Estudió Ciencias de la Comunicación, y fue reportera del área de deportes durante cinco años y medio, y de información general durante dos años, en un diario de circulación estatal. Tiene un hijo de 10 años y está felizmente casada desde hace casi 14. Actualmente está enfocada de lleno en su carrera como escritora de novela romántica y cuentos de fantasía y ciencia ficción.

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2018, Rita Black

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-984-3

Composición digital: Plataforma de conversión digital

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Índice

[De puño y letra](#)

[Nota editorial](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Rita Black](#)

[Créditos](#)

# Table of Contents

[De puño y letra](#)

[Nota editorial](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Rita Black](#)

[Créditos](#)



# Table of Contents

[De puño y letra](#)

[Nota editorial](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Rita Black](#)

[Créditos](#)